GUÍA PRÁCTICA

DEL

ESPIRITISTA

POR EL MÉDIUM

MIGUEL VIVES

Versión digitalizada por la Federación Espírita Española

http://www.espiritismo.cc

PREFACIO

No soy escritor, pero sí soy médium; así es que nunca podré tener la pretensión de haber hecho nada bueno por mí sólo, sino que, si alguna cosa sale de mi pluma y merece la aprobación de mis hermanos, será y es de los buenos espíritus que me asisten; todo cuanto se note y se haya notado de deficiente en lo que he escrito y escriba, es obra de mi inteligencia; pero mis hermanos espiritistas, que tan indulgentes han sido conmigo, espero continuarán siéndolo como hasta ahora, y sabrán distinguir entre lo bueno que se debe a los espíritus y lo insuficiente mío.

Sentados estos principios, no titubeo en entregarme a la inspiración después de haberlo pedido mucho al Padre, al Señor y Maestro y a los buenos espíritus, a fin de poder escribir una GUÍA PRÁCTICA para que los espiritistas tengan a la primera ocasión necesaria y sin gran trabajo donde consultar en las distintas situaciones de la vida.

Todos sabemos que en lo mucho que hay escrito sobre el Espiritismo y sobre todo en las obras fundamentales de Allan Kardec, hay lo suficiente para hallar la regla de conducta que los espiritistas debemos seguir; pero, por lo mucho que hay que leer, son muy pocos los espiritistas que se toman la molestia de estudiarlo, tal vez por falta de tiempo o por otras circunstancias de las cuales la vida está llena.

Así, pues en esta GUÍA PRÁCTICA DEL ESPIRITISTA encontrarán mis hermanos algunos consejos que, de seguirlos, les podrán ser útiles para hallar la paz en la presente vida y alcanzar una buena posición en él espacio.

He dicho que soy médium, y lo tengo probado de tal manera, que ninguno de mis hermanos de Tarrasa, y de fuera de ella, que me hayan oído hablar alguna vez, lo dudarán.

¡Dios mío! ¿Qué era yo antes de ser espiritista? Un ser verdaderamente olvidado por el mundo, incapaz de todo; tanto era así, que

me hallaba sumido en la más crítica y reducida situación en que un hombre puede hallarse en los días más hermosos de su juventud. Había perdido mi salud, se habían separado de mí todos mis amigos, no tenía fuerzas para trabajar, estuve cinco años sin poder salir de casa; tal era mi estado que, a no ser por la protección de los padres de mi primera esposa, a los cuales nunca les seré bastante agradecido, hubiera tenido que refugiarme en un hospital. Cuando hacía cinco años que esta situación duraba, se trasladaron unos cuñados míos a Tarrasa desde Sabadell; en cuya población había vivido desde mi infancia, y por misericordia, más que por otra cosa, me llevaron con ellos para ver si mi salud cambiaría.

Era el año 71 del pasado siglo; al cabo de seis meses de vivir en Tarrasa fui un día a Sabadell, y mi hermano carnal me habló de Espiritismo. Al momento me pareció algo muy extraordinario, pero como me habló con tanta formalidad y yo sabía lo serio y lo recto que él era y es en todos los asuntos de su vida, comprendí en seguida que había algo de verdad en lo que me decía; le pedí algunas explicaciones, y él, por toda contestación, me mandó las obras de Allan Kardec. Leer las primeras páginas y comprender que aquello era grande, sublime, inmenso, fue obra de un momento. ¡Dios mío!, dije, ¿qué pasa por mí?

De manera que yo, que había renunciado a todo, ¡ahora me hallo que todo es vida, que todo es progreso, que todo es infinito! Caí postrado y admirado ante tanta grandeza e hice el propósito de ser espiritista de verdad, estudiar el Espiritismo y emplear todas mis fuerzas para propagar una doctrina que me había dado de nuevo la vida; y me había enseñado de una manera tan clara la grandeza de Dios.

Empecé a estudiar y propagar el Espiritismo; con algunos hermanos, fundamos el Centro Espiritista de Tarrasa *“Fraternidad Humana”*.

Como durante mi enfermedad me había dedicado, en los ratos que mis sufrimientos me lo permitían, a estudiar la Medicina, empecé e curar enfermos, y fue tal la protección que se desarrolló a mi alrededor que muchas veces los enfermos quedaban curados antes de tomar los medicamentos, pudiendo citar algunos casos de curaciones sorprendentes de este índole.

Como mi propaganda espiritista producía sus efectos, adquiría cada día nuevas adhesiones, y como ya empezaban a demostrarse odios implacables, entretanto, mi cabeza era un volcán de ideas. Antes de ser espiritista, hubiera sido incapaz de pronunciar una pequeña oración ante una docena de personas; después de ser espiritista, cobré un valor y una serenidad tales que nada me impresionaba ni me impresiona.

Para demostrar el poder de mi mediumnidad, diré: que fui diez años médium parlante semi inconsciente; durante los diez años no estuve ni una sola fiesta que no recibiera y diera comunicación, gozando durante estos diez años de una salud muy regular. Después de estos años, tuve que dejar

la mediumnidad a causa de una dolencia, que me impidió asistir a las reuniones espiritistas unos cuatro meses, único período de tiempo que he dejado de concurrir, durante los treinta y dos años que soy espiritista, como médium o como director de sesiones; y aún hoy, mi inspiración es tan potente y tan clara que basta que esté en sesión espiritista para que me sienta inspirado para hablar todo el tiempo que quiero.

Para dar una prueba de lo que yo afirmo, voy a contar lo que me pasó en los días de Navidad del pasado año.

Hacía veinticinco años que di una comunicación muy larga y muy expresiva sobre uno de los pastores que fueron a adorar al Mesías en el portal de Belén. Aquella comunicación dejó muy impresionados a los hermanos que se reunían en el Centro de Tarrasa en aquella época. Unos días antes de Navidad, alguno de los hermanos que aún recuerda aquella comunicación, me hizo memoria de la misma. Vine, pues, en deseos de poseerla, así que me sentí impulsado, me puse a escribir, y, en dos horas, la obtuve tan igual que los que la habían oído en aquella época exclamaron admirados: ¡es idéntica!; ¡no falta ni un concepto, ni un detalle! Digo esto para probar la fuerza de la mediumnidad.

¡Oh, Dios mío! ¡Cuán agradecido os debo estar! ¡Cuán grandes son vuestros designios! Quizás fue necesario que pasara por una grande y prolongada aflicción antes de que viniera a mí la luz del Espiritismo; si hubiera gozado de buena salud me hubiera engolfado en las distracciones del mundo, y, distraído y preocupado en las cosas de la tierra, no hubiera hecho caso de lo que hoy tanto amo y tanto me ha servido y ha de servirme en el porvenir. Gracias, Dios mío; Omnipotente mío; Soberano mío.

Hoy reconozco vuestra grandeza, vuestro amor, vuestra previsión, y que vuestra providencia llega a todos, que siempre dais a todos y a todas las cosas lo mejor y más justo. Yo os amo, os alabo, os adoro con toda mi alma, y mi reconocimiento hacia vos es tan grande que no tiene límites; veo vuestra grandeza en todas partes y en todo os admiro, os amo y os adoro; y sobre todo, en donde la veo más sublime, es en la ley de humildad que tenéis establecida para que los hombres lleguemos a amarnos como a verdaderos hermanos.

Cuando reflexiono sobre el drama del Calvario y veo al Ser más grande que ha venido a encarnarse en este mundo, sometido a tanto sufrimiento y a tanto dolor, exclamo: si El que era y es más que todos los que habitamos en este mundo, no vino a ceñir una corona y a empuñar un cetro, sino que vino a ser el más humilde, el servidor de todos, el que curó las dolencias de la humanidad, el que sufrió todas las impertinencias, todos los suplicios y dio tan grande ejemplo de paciencia, humildad y perdón, es que el Padre, es que Vos no admitís categorías, ni grandezas humanas, ni ostentación, sino virtud, amor, pureza, sacrificio, caridad. Así, digo: la ley

vuestra ensalza al abatido, consuela al afligido y el más humilde es el más grande, si es virtuoso y bueno.

Entonces, busco la ley proclamada por el Humilde de los humildes, el Bueno de los Buenos, el Pacífico de los pacíficos, el que por su elevada conducta es el Rey de todos los corazones justos, el que dirige todas las conciencias puras, el que dirige a todos los que queremos ir a Vos; que por eso yo le admiro en la ley proclamada, en los ejemplos dados, y me inspiro en las palabras que pronunció; y como El dijo que debemos perdonar, yo perdono todas las ofensas: y como dijo que nos hemos de amar, yo amo a todos mis hermanos; y como dijo que el que quisiera seguirle debía llevar su cruz, yo la llevo sin quejarme y su figura me parece tan grande que, después de Vos, Padre mío, es mi amor, mi esperanza, mi bien, mi consuelo. ¡Señor! Siguiéndoos a Vos, hallaremos nuestra felicidad, nuestro gozo, nuestra vida eterna; siguiéndoos a vos, sentiremos paz en el alma, porque seremos pacíficos y humildes; siguiéndoos a Vos, tendremos nuestro espíritu lleno de esperanza; por eso yo os sigo como el criado sigue a su señor, como el pequeñuelo sigue a su madre, y cuando me aquejan los sufrimientos os miro clavado en la cruz y sigo firme el camino del calvario de mi vida, no separando de mí el recuerdo del grande ejemplo que nos disteis y llevando en mi corazón el agradecimiento y el respeto a que sois acreedor por tan sublimes virtudes por Vos practicadas, para enseñarnos el camino que conduce a la felicidad eterna.

Pido indulgencia al lector por haberme extendido en las consideraciones anteriores; pero hubiera considerado una falta de agradecimiento y de respeto al que Todo lo puede, si antes de entrar en el fondo de la GUÍA PRÁCTICA DEL ESPIRITISTA no hubiera dado un testimonio de amor y de adoración al Padre y de agradecimiento y de sumisión al Señor y Maestro.

MIGUEL VIVES

Lo que ha de ser el espiritista ante Dios

Cuando el hombre, proceda del campo que proceda, sea religioso, ateo, filosófico, etc., entra en el Espiritismo, se le desarrolla un campo tan grande de investigaciones, que, de momento, no se da cuenta de tanta grandeza. A medida que va ensanchando sus estudios y sus experimentos, más grande es la perspectiva de lo que antes desconocía, y en todo ve la grandeza de Dios. Tanto es así, que se queda el ser maravillado ante tanta justicia, amor, belleza y poder. Entonces ve lo que significa su individualidad en esta creación; comprende su vida eterna, a lo menos en un principio; sabe que no se halla aquí por casualidad, que no es un ser venido a la tierra sin plan ni concierto, sino que su existencia está unida al concierto universal de la creación y que nunca será abandonado, sino que está sujeto a una ley que alcanza a todos y que, como los demás seres de la humanidad, alcanzará con sus esfuerzos, más o menos tarde, su felicidad, su belleza, su sabiduría; sabe que puede retardar su progreso más o menos, pero que al fin tendrá que verse atraído por el amor universal, y tanto si quiere como no se verá un día impregnado de todo cuanto encierra de bello y grande el amor divino y que formará parte de la gran familia de espíritus felices que gozan y trabajan dentro del amor divino. Así, pues, el ser encarnado, al descubrir su vida, su porvenir, la grandeza del objeto para el cual ha sido creado, siente admiración a la suprema sabiduría, al Todo amor al Omnipotente Autor de tanta belleza, de tanta armonía y de tanto amor.

La impresión recibida al principio de convertirse al Espiritismo, debe procurar todo espiritista no solamente guardarla, sino aumentarla, porque de esto depende una gran parte de su progreso. Y digo esto porque pasadas las primeras impresiones el espiritista va olvidando el respeto y la adoración que debe al Padre, incurre en una falta de agradecimiento y esta falta le va separando de influencias que le son muy necesarias para el curso de su vida planetaria.

Si todo en la creación se atrae y compenetra, no puede dejar de existir esta ley entre la criatura y su creador. Aquí viene de molde el, citar lo que algunos espiritistas dicen: que a Dios no se le ha de pedir nada,

porque El no derogará la ley y que todo lo tiene dado. Mala manera de pensar; Dios tiene la ley hecha y todo lo creado a disposición de sus hijos; pero a nosotros nos toca alcanzarlo; y teniendo, como tiene todo, su atracción, ¿no lo tendrá también el amor a Dios, el agradecimiento y su adoración? Si el espiritista siente, atraerá sobre él lo que siente. Supongamos que un hombre tiene pensamientos malos sobre el crimen, el vicio, la vanidad; ¿no atraerá sobre él influencias que le impulsarán a ser criminal, vicioso y orgulloso? Pues si los deseos y pensamientos malos atraen influencias malas, ¿dejará de existir la misma ley sobre los pensamientos buenos y deseos del bien? No hay duda; porque sino existirían dos leyes: una para dar y atraer el mal y otra para quitar el bien. Pues si los pensamientos y buenos deseos hacia el bien atraen buenas influencias, ¿cuánto más no las atraerá el que ame mucho al Padre, le adore en espíritu y verdad y procure seguir sus mandamientos? Así que, sin derogar leyes ni conceder privilegios, el espiritista verdaderamente agradecido y enamorado de Dios, recibirá influencias que, como ya tengo dicho, le serán muy provechosas para el curso de su vida planetaria.

Tanto es así, que yo entiendo, que si todos los espiritistas nos hubiéramos fijado en lo antes dicho y hubiéramos sido prácticos en el amor divino, no nos encontraríamos tan diseminados y faltos de unión como nos encontramos. Fíjense bien, mis hermanos; apenas se encuentra un Centro espiritista en donde no haya habido sus disensiones, y si algún Centro ha sido reducido a cenizas, es porque la falta de caridad y amor entre unos y otros les ha impedido seguir el camino de unidad y de amor fraternal, a causa de defectos no corregidos, y a falta de aquella prudencia y mesura a que debe ceñirse en todos sus pensamientos y obras todo espiritista.

Si el amor y la adoración al Padre reinara en el corazón de todo espiritista, antes de decir y obrar se pensaría si lo que se dice o se hace está conforme con la ley del Creador, y si no se obrara como la ley manda, el espiritista, lleno de amor a Dios, se apartaría de todo lo que no fuera justo por no faltar a la ley y no ponerse en rebeldía contra El que todo es amor y justicia; muchas veces en lugar de hablar, cuyas palabras han promovido conflictos, hubiera callado y con su acto de indulgencia o de tolerancia hubiera dado un buen ejemplo, que habría servido de enseñanza a sus hermanos y él se hubiera evitado responsabilidades.

Yo he conocido espiritistas que todo lo fían a su criterio y a su saber, prescindiendo de tener vivo el amor a Dios y de otras prácticas que luego diré; pero esos espiritistas no saben que, por más entendidos que sean, prescinden de lo principal, y, sin que ellos se aperciban, caen en la corriente de todos; de manera que en sus conversaciones, en sus tratos, en sus maneras, casi no se distinguen de los demás hombres; tanto es así que si bien creen en el Espiritismo, no pasa de ser un Espiritismo mental, pero que

no domina al corazón; por eso en muchos actos de la vida poco se distinguen de los demás que no conocen el Espiritismo.

De eso proviene que haya espiritistas que no hacen ningún daño, pero tampoco hacen ningún bien, y por poco más que el descuido se apodere de ellos, caen en ridículo y entonces ya hacen un mal a la propaganda de la doctrina que sustentan; y a veces suceden cosas peores, y es que algún espíritu obsesor influya de una manera muy directa en los espiritistas citados y les haga concebir y propagar teorías extrañas, que vienen a perturbar la marcha del Espiritismo, sembrando la duda en unos y la división en otros. Y esto lo mismo puede acontecer a los que por su falta de instrucción todo lo encuentran bueno y maravilloso, como con los que penetran en regiones que, por no ser aún bien exploradas y entendidas, hacen afirmaciones y adoptan principios que ni consuelan ni edifican, y sólo sirven para llevar la confusión a las inteligencias exaltadas. No es este folleto a propósito para hacer la crítica de tales teorías; sólo deseo dar reglas de conducta a los espiritistas de buena voluntad, para que puedan evitar ciertos escollos que tanto daño les pueden causar.

He dicho que el amor a Dios puede traer cierta influencia a todo espiritista que procure avivar en su ánimo este amor, y sepa transportarlo a las regiones del infinito por medio de la plegaria, de la oración, de las exhalaciones del alma.

¡Oración! He aquí un tema muy discutido y abandonado por muchos espiritistas. Separo toda oración rutinaria, distraída, convencional, sistemática. Hablo de la oración que acompaña al sentimiento: la firme voluntad, el amor y la adoración al Padre; hablo de la oración que edifica, que consuela, que se siente en lo más hondo del alma; hablo de la oración que hace el ser que quiere emanciparse de las miserias y defectos de la tierra.

Esta oración, entiendo que es tan necesaria a todo espiritista que me atrevo a decir que el que prescinde de ella no se elevará a las cualidades morales que son necesarias para ser un buen espiritista. Más digo: el que prescinda de ella no podrá alcanzar, cuando regrese al mundo espiritual, el ser espíritu de luz y se expondrá a serlo de tinieblas y de turbación, a no ser que sus trabajos y sus ocupaciones en la tierra fueran la caridad y amor al prójimo, lo que poco sucede en este mundo.

Hemos de tener en cuenta que la humanidad está llena de errores, de maldad, de hipocresía, de egoísmo, de orgullo; cada ser de los que vivimos en este mundo, despedimos algo de nosotros mismos, de lo que somos; poned un espiritista en medio de tanta imperfección, y, a pesar de sus creencias, se contagiará con la atmósfera de los demás; si este espiritista no tiene el medio de echarse de encima la influencia acumulada sobre él, le es imposible permanecer prudente, circunspecto, tolerante, justiciero; y como la ley obliga, si queremos alcanzar alguna felicidad espiritual, a la práctica

de estas virtudes, si nos falta alguna, seremos ineptos para morar después entre los buenos; y si no somos aptos para vivir entre los buenos, hemos de ser contados en la categoría de los que no lo son; y allí donde la bondad no impera, no puede haber ni felicidad, ni luz, ni libertad.

Por eso entiendo que el espiritista, para limpiarse de vicios, ha de saturarse de fluidos e influencias superiores a las que nos rodean en este mundo, y, además, que para que estas lleguen a nosotros, hay que ponerse en condiciones para poderlas recibir.

Cuando el ser ora con fervor, el espíritu se eleva en busca de su símil en el espacio; como los seres que habitan en él, su principal misión es la caridad universal, nunca dejan sin amparo al que con su voluntad llega a ellos; entonces se establece una corriente fluídica entre el que ora y la influencia que recibe, que le circunda de luz; aquella luz lo limpia de fluidos imperfectos que se han pegado a él, y al salir de la oración, no solamente se ha limpiado de los fluidos imperfectos que se han pegado a él, sino que le rodea la sana atmósfera de buenos fluidos; y así como los primeros eran un vehículo que facilitaba a todo espíritu de tinieblas el poderse acercar a él los buenos fluidos son una valla que se oponen a que influencias perversas puedan dominarle.

Para más claridad pondré un ejemplo. Supongamos una casa de campo que está sin valla, ni muralla, ni dique de ninguna especie; a cualquier transeúnte que quiere acercarse a ella, no le cuesta más que el trabajo de ir y, aunque sea de noche, podrá llegar hasta las puertas de la casa, sin tomar ninguna precaución ni detenerse para nada.

Supongamos que este transeúnte sea un malhechor; se encontrará, sin correr ninguna clase de peligro, en las puertas de la misiva. Si la casa tiene una buena muralla y tiene sus puertas cerradas, ni el transeúnte ni el malhechor podrán acercarse a la casa sin antes pedir que le abran las puertas, o bien ha de saltar la muralla. Así es que, tanto para el malhechor como para el transeúnte, una casa de campo amurallada ofrece mucha más dificultad de entrar en ella que el entrar en la que no tenga ni muralla ni dique de ninguna clase.

El espiritista que ora es la casa de campo amurallada, y el que no ora, es la que está sin cerca ni murallas y por eso todas las malas influencias tienen más facilidad para acercarse a él.

Todo espiritista, pues, debe ser agradecido al Padre, debe adorarle por su grandeza, admirarle por las maravillas de la creación y debe respetarle por ser hijo de El, porque en verdad el hombre no tiene otro Creador que Dios. El es nuestro Padre, nuestro Bien, nuestra Esperanza; a El se lo debemos todo. El es el autor de toda la belleza que nos rodea, desde el ave que se eleva en el espacio, hasta el pez que se hunde en el agua; desde el monte en donde crece la encina y florece la violeta, hasta el astro que brilla en el espacio. El es el autor de la que concibió nuestro

cuerpo en sus entrañas. El es el todo: la luz, el amor, la belleza, la sabiduría, el progreso, todo es de Dios. Pues si el espiritista que todo esto sabe y no se siente atraído por tanta grandeza, tanto amor, tanto poder y viva olvidando a su Padre y pasa horas y días sin demostrarle su agradecimiento, ¿qué calificativo le daremos? Yo callo en esto: pero el tal espiritista no siente aún en su alma lo que ha de sentir, no cumple con el primer deber de un buen espiritista, y es muy difícil que pueda ser apto para cumplir bien su misión.

En resumen: el espiritista ha de ser ante Dios un buen hijo, que debe agradecer a su Padre el haberle creado; debe ser respetuoso con la grandeza de su Creador; debe adorarle por su Omnipotencia; debe amarle por su Sublimidad; y ese agradecimiento, ese respeto, esa adoración, ese amor, debe ponerlo de manifiesto al Todopoderoso tanto como pueda, ya para portarse como buen hijo ante tan sublime y amoroso Padre, como para atraerse su influencia y la de los espíritus buenos que tanto necesitamos en nuestro estado de atraso, y en un mundo en donde impera la ignorancia y el dolor.

Lo que ha de ser el espiritista ante el Señor y Maestro

Para alcanzar el grado de moralidad que necesita todo espiritista para cumplir bien su misión, tener paz en la tierra y alcanzar alguna felicidad en el espacio, debe cumplir la ley divina. ¿En dónde está la ley? En el Evangelio proclamado por el Señor. Por lo tanto, el espiritista, debe saberlo de memoria en su parte moral, si es posible; porque, ¿cómo aplicará la ley si no la sabe? ¿Cómo podrá aplicarla si no la recuerda? El espiritista debe grabar en su interior la gran figura del Señor; debe tenerle respeto y gratitud, y no debe olvidar que sólo por El se va al Padre; así es que para el espiritista el Evangelio no debe ser letra muerta, sino que es la ley moral viviente de todos los tiempos y de todas las edades, porque la ley proclamada por el Gran Maestro en su parte moral no sufrirá modificación, y del cumplimiento de ella depende nuestro progreso moral, nuestra paz y nuestra felicidad en la tierra y en el espacio.

Tenemos la costumbre, bastante generalizada, de dar al olvido lo que más nos interesa. Las palabras del Señor casi el mundo las sabe de memoria, pero las olvida muy a menudo; se sabe que el Señor dijo que debíamos amarnos como hermanos, y por poco instruido que sea el hombre sabe que el Señor dijo también que debíamos amar a nuestros enemigos, bendecir a los que nos maldicen, orar por los que nos ultrajan y persiguen, y que devolviéramos bien por mal. La humanidad sabe todas estas cosas, ¿las ha cumplido? No. ¿Cuál ha sido el resultado de la falta de cumplimiento de estos mandatos? Las guerras, las disensiones, las infamias y tantos y tantos males que es muy difícil calcular. Se explica que los hombres hayan olvidado estos mandatos por la ignorancia del más allá y su mismo atraso; pero, y los espiritistas, ¿hemos cumplido estos mandatos? No. Si separamos algunas excepciones, en general, el cumplimiento de estas enseñanzas ha sido letra muerta. ¿Es, acaso, que no sabemos lo que nos aguarda y la responsabilidad que caerá sobre nosotros por el incumplimiento de estos mandatos? ¿Viene el Espiritismo a derogar o a cumplir la ley del Señor? No viene a derogarla, sino a cumplirla; pues, ¿por qué los espiritistas vivimos tan fuera de los mandatos y enseñanzas del

Señor y Maestro? Que el amarás a tu enemigo devolverás bien por mal, orarás por los que te ultrajan y te persiguen, no son prácticas muy arraigadas entre los espiritistas, está probado a todas luces. Consulte cada espiritista dentro de su vida privada, y ya verá cuantas veces ha dejado sin cumplimiento estas enseñanzas; consulte cada espiritista con su conciencia y verá lo que ha pasado con su familia, o con sus relaciones sociales, o bien dentro de los Centros espiritistas, y verá que si él, prescindiendo de los demás, hubiera sido cumplidor de estos mandatos, tanto entre la familia como entre la sociedad, como en los Centros espiritistas, quizás se hubieran evitado disgustos, rencillas, disensiones y otras cosas que no cito. Esto muchas veces no es por mala fe sino que es por falta de estar apercibidos; la una cosa ha traído la otra y se ha caído en falta; como ya digo en el artículo anterior, hay que estar apercibidos y tener la ley divina siempre presente en todas las ocasiones necesarias de nuestra existencia planetaria.

Es verdad que habrá muchas excepciones entre los espiritistas, que no tendrán por que acusárseles, pero habrá mucho más que les habrá sucedido lo que dejo dicho.

Es casi perdonable que la humanidad haya dejado de cumplir lo que el Señor manda en su Evangelio, a pesar de que nuestro juicio no la exime de la responsabilidad que contrae; pero que entre los espiritistas, en su mayoría, se fijen tan poco en el cumplimiento de la ley divina proclamada por el Señor, esto es falta grave que, si no se procura remediar, llevará entre nosotros muchas perturbaciones y será causa de nuevas expiaciones.

No en vano el Padre nos envió el espíritu más grande que ha venido a la tierra. No en vano vino este elevadísimo espíritu a ser ultrajado, martirizado y clavado en cruz, después de haber probado su gran misión con sus hechos y su doctrina. No en vano Allan Kardec y los espíritus de luz nos lo enseñaban como modelo. Es el camino, la verdad y la vida; fuera de sus enseñanzas, no hay salvación posible.

Por eso comprendiendo Allan Kardec la importancia del Evangelio, aclaró algunas palabras y conceptos para que estuvieran al alcance de todas las inteligencias, en cuyas aclaraciones tomaron una parte muy directa elevados espíritus, dictando comunicaciones que, por su orden moral, llegan al alma. Así es que si los espiritistas hacemos caso omiso de tales enseñanzas y de esta indiferencia resulta una falta de perfección moral entre nosotros, no podremos culpar a nadie, sino a nuestra falta de gratitud y a la falta de reconocimiento a un hecho tan culminante como es la venida del Señor a la tierra, a su ley, a su abnegación, a su sacrificio y a su amor hacia sus hermanos. Si nuestra indiferencia es tanta que apenas recordamos la ley proclamada y sellada con sangre en el calvario que esperamos alcanzar ¿qué hará el espiritista que se olvida de la ley? ¿En qué fuente beberá? ¿En dónde encontrará los consuelos que necesita para sufrir los embates de la vida?; ¿a quién acudirá cuando se encuentre en lo más recio

de sus pruebas? ¿Quién le servirá de modelo? Está demostrado hasta la evidencia que, si el Señor vino a la tierra, fue para servirnos de guía, y el que siga a El, no se perderá en el camino de la existencia terrenal, porque El es el camino, la verdad y la vida.

Por eso todo espiritista ha de ser admirador del Maestro; debe estudiarlo en sus palabras, en su moral, en su ley, en sus sacrificios, en su abnegación, en su amor, en su prudencia y sobre todo en su elevadísima misión, ya que esta tiene dos puntos esenciales que son de una importancia capital para el curso de nuestra existencia terrena.

He dicho que era necesario conocer la ley divina para cumplirla; esto es lo primero en que debe fijarse el espiritista para seguir el camino de justicia y de amor; pero hay en la misión del Señor otro objetivo de capital interés para el bien de nuestro espíritu y es el consuelo, la resignación y la paciencia que nos puede inspirar su sacrificio.

Todos estamos en la tierra para ser probados y muchos en expiación. Se pasan a veces años que la prueba no es dura, ni la expiación es fuerte; pero cuando la prueba es de aquellas que anonada al espíritu, cuando la expiación es tan dolorosa que apenas se puede sufrir, entonces es de gran utilidad el recordar, no sólo los mandamientos, sino los sufrimientos y la resignación del Señor. Entonces debemos recordar cuando estaba ante el tribunal de los escribas y fariseos; debemos recordarle cuando en la prisión, cuando le coronaban de espinas, cuando atado a la columna le azotaban; debemos recordarle cuando llevaba la cruz a cuestas, cuando desnudo se vio solo en el Calvario, cuando lo extienden sobre la cruz y le clavan pies y manos, cuando es elevado en la cruz, desfigurado, ensangrentado; en medio de tanta aflicción da muestra no solamente de una resignación y calma superior a toda ponderación, sino que ama y perdona, como si hubiera sido tratado con la mayor consideración y respeto. El recuerdo de tan grandes hechos nos inducirá a la resignación, a sufrir los grandes dolores sin quejarnos, a sufrir las grandes pruebas con ánimo sereno, esto hará que obremos como espiritistas; no solamente podemos sacar provecho recordando lo pasado, sino que, si al recuerdo unimos el amor al Señor, la admiración y la súplica, si tanto nos identificamos con El, podemos recibir gran protección de lo alto y a veces su misma influencia. ¿Por qué, no? ¿No escuchó El a la mujer pecadora? ¿No curó a los ciegos, a los tullidos y a los leprosos? ¿No se dan ejemplos que durante los siglos que han pasado son muchos los seres que han sido protegidos directamente por El? Los apóstoles y mártires del cristianismo se vieron protegidos por El: Teresa de Ávila, Juan de la Cruz, Pedro Alcántara y otros muchos tuvieron la incomparable suerte de hablar con El y verle, recibieron sus instrucciones y consuelos, y ¿creéis, por ventura, que este elevadísimo espíritu nos ha abandonado y que es indiferente a nuestras súplicas y a nuestras lágrimas? ¿Creéis que El, en medio de su gloria, solo se ocupa de pasar el tiempo

gozando de su bienaventuranza, dejando de practicar la sacrosanta caridad que tanto practicó mientras estuvo aquí?, ¿Creéis que El sólo se ocupará de morar y vivir entre espíritus de gran luz y nos dejará abandonados a los que le amamos, y los que pensamos y confiamos en El? No lo creáis, hermanos míos. El no abandonará a los seres que viven en la tierra y le tomen por ejemplo. El no abandonará a los que confíen en El, como no abandonaba a los sinceros cristianos de todas las épocas.

Algunos dirán en su interior que aquí no hay nadie digno de merecer tanta protección. ¿Y por qué no? ¿Quién de vosotros dejaría de visitar a un criminal arrepentido, que clamara vuestra protección, que os pidiera un consejo, una palabra de amor, una mirada de cariño? ¿Quién de vosotros dejaría desatendidas las súplicas de un enfermo, de un inválido, de un niño que, perdido, se encontrara en despoblado? ¿Quién de vosotros negaría el dar la mano al que cae, al desfallecido, al moribundo? ¿Quién de vosotros negaría un pedazo de pan al que se muere de hambre, o un vaso de agua al que se muere de sed, y no derribaría la puerta de una ventana para proporcionar aire al que se asfixia? Pues si nosotros, siendo malos, no sabemos ni podemos negar la protección al criminal arrepentido, al enfermo, al moribundo, al niño que se ha extraviado, a la madre que llora desconsolada la pérdida de su hijo; si no negamos el pan, ni el agua, ni el auxilio a los que lo necesitan, cómo queréis que el Bueno, el Grande, el que todo lo hizo por amor y abnegación, el que dijo: dejad venir a mí los niños que de éstos es el reino de Dios; el que dio salud a los enfermos, paz a los corazones afligidos; el que vino a sufrir tanto para darnos ejemplo, digo, ¿cómo queréis que no oiga nuestras súplicas y deje de atenderlas cuando estas salen de almas arrepentidas y que claman misericordia y protección, si El ha existido en nuestro planeta?

¿Qué somos nosotros sino criminales arrepentidos, mujeres extraviadas y vueltas al redil, enfermos de cuerpo y espíritu, niños extraviados, que en el desierto de la vida clamamos: Señor! Señor! apiadaos de nosotros que sucumbimos? ¡Ah hermanos míos! No lo dudéis; el Señor ama a la humanidad terrestre, la quiere, trabaja con anhelo por su progreso y protege a los que le claman con sinceridad; tenemos ejemplos de lo que afirmamos y podrá tenerlos todo aquel que siga las huellas del Señor y amándole cumpla su ley. Por eso entendemos que el espiritista ha de ser amante del Señor, debe admirarle y seguirle hasta allá donde pueda, en su ley y en sus ejemplos, y así evitará caídas que pueden ser muy graves, y que le pueden traer la tribulación en esta vida y el sufrimiento en el espacio.

Lo que debe ser el espiritista entre sus hermanos y en los Centros Espiritistas

---

Todo espiritista debe hacer uso de toda la humildad posible ante sus hermanos, porque la humildad es siempre un ejemplo constante de buenas formas y nunca compromete ni es causa de disturbios ni rencillas; pero esta humildad no debe nunca ser fingida, sino leal y dispuesta a todo servicio, mientras éste sea justo y pueda redundar en bien de alguno de nuestros hermanos. Siempre debe considerarse el espiritista inferior a sus hermanos y dispuesto a ser el servidor de todos, porque ya sabe que el primero debe ser el servidor de todos y, por más que haga y haya hecho, nunca podrá pagar lo que debe a Aquel que es el autor de todo; y, por más que sepa, no alcanzará nunca la infalibilidad: así, pues, siempre podrá equivocarse; por lo tanto, bajo este punto de vista, no hará nunca ni alardes de saber, ni de poseer facultades y menos considerarlas extraordinarias, sino exponer sus ideas y sus opiniones de una manera prudente, sensata y con oportunidad. Si alguna vez se ve importunado por alguno de sus hermanos, procurará contestar en buenas formas, y si no es posible que de momento su hermano entienda la razón, callará, esperando una buena ocasión, para que pueda, con la humildad que debe caracterizarle, convencerle y llevarle a la razón, si esto es posible: así hará uso de la caridad, porque todo espiritista debe ser caritativo con su hermano.

Así como para realizar una empresa, realizar un negocio, adquirir algún objeto que nos agrada mucho, hacemos a veces sacrificios y trabajos, y realizamos empresas de alguna importancia, no debe olvidar el espiritista que no hay empresa más grande, ni trabajo más noble que el de atraerse el amor leal y sincero de sus hermanos; no hay en la tierra nada de tanto provecho como el de ser hombre de paz, de amor y de concordia; este hermano es una garantía para la paz y el progreso de sus hermanos, y es la base de toda propaganda provechosa y eficaz del Espiritismo. Así, pues, cuando comprendemos que uno de nuestros hermanos anda en el error, no

debe ningún espiritista echársele encima, sino recordar que todos podemos caer enfermos de cuerpo y de alma, y si no es posible atraerlo por medio de la caridad, debe todo espiritista atraérselo por medio de la indulgencia. Hay un gran medio para atraerse a los hombres y es buscar en ellos si hay algo que, sin faltar a la justicia, sea muy de su gusto y les halague mucho. Cuando a uno de nuestros hermanos se le ve extravío en alguna costumbre o manera, tanto en el hablar como en el obrar, no se debe nunca llevar sobre él la murmuración, ni juzgarlo ligeramente, ni abandonarlo, ni echarlo, antes de haber probado los medios posibles de atraerlo.

Digo que si se nota en él alguna inclinación o costumbre que no falte a la justicia, a veces nos lo podemos atraer, procurando aparentar que aquellas costumbres o inclinaciones son de nuestro agrado, procurar contraer amistades íntimas por aquel lado, para ver si teniéndonos después más confianza, llegamos a tener influencia moral para llevarlo a buen camino. Esto es lícito y de alta práctica moral, siempre que esto no pueda separar al espiritista que tal hace en bien de su hermano, del buen camino. Para más claridad: debemos estudiarnos las cualidades buenas que hay en nosotros, para ver si, con la unión de estas, reparamos defectos. Ahora, cuando sobre un hermano se ha hecho todo lo posible y él no se deja convencer, es necesario, sin ruido, ni sin choque de ninguna clase, separarse o separarlo, procurando no contaminarse, ni que nadie se contamine con él, pero siempre después de haber adoptado todo aquello que aconseja la humildad, el amor, la indulgencia y la caridad.

He dicho que todo espiritista debe ser caritativo con su hermano, y esto lo demuestra el que, si se nos obliga, según ley divina, a practicar la caridad en todo, mucho más debemos practicarla entre los que, bajo el punto de vista espiritual, debemos formar una sola familia.

Así , pues, el espiritista no debe abandonar a su hermano, ni en la crisis, ni en la enfermedad, ni en la miseria; muy al contrario, debe ser para él como un padre o como una madre; consolarle en sus aflicciones, asistirle en sus enfermedades, ayudarle en sus necesidades, protegerlo en su ancianidad, darle la mano en su juventud; en una palabra, debe ser todo espiritista para su hermano, la verdadera providencia terrenal, sosteniéndole hasta donde se pueda, en todos los trances de la vida planetaria. Así como en la parte moral debemos ser caritativos, indulgentes y humildes con nuestros hermanos, no lo debemos ser menos en la parte material. Así es cómo crearemos entre nosotros una verdadera fraternidad, porque el amor dispensa muchas cosas, y si llegamos a amarnos mucho, no hay duda que nos sufriremos nuestros defectos con gusto.

He aquí la manera de dar buen ejemplo a la humanidad, que tan llena de males y egoísmos está; he aquí la manera de hacer más llevadera la cruz que por ley hemos de llevar en este mundo, porque el amor es la savia divina y el bien y la paz; he aquí la manera de atraer las miradas de la

humanidad y demostrarle que la palabra hermanos no es una pura fórmula, sino la expresión del amor que nos sentimos. He aquí la manera de constituir una familia, que nos quitaría muchas amarguras que hoy nos agobian y nos daría muchos días de paz y de alegría y reinaría en nuestras reuniones tanta cordialidad y tanto amor, que en ellas se regenerarían nuestros espíritus. No quiero decir con esto que no haya paz entre nosotros, pero habría más; no diré que no haya amor y protección, pero esta sería más decidida y otros horizontes se despejarían en nuestras reuniones, en nuestros Centros, en nuestras sesiones. Hay amor y protección mutua entre nosotros, pero esta ha de ser más decidida; hay amor entre nosotros, pero éste ha de ser más entusiasta; hay caridad, pero esta ha de ser más amplia y extensiva. Si en la tierra no es posible, fuera de la familia, hallar moradas de paz debe serlo entre nosotros: por eso hay que tratarnos con indulgencia, con amor y con caridad.

Sólo así cumpliremos lo que nos hemos propuesto al venir en la tierra, porque no somos espiritistas porque sí, sino que lo somos porque vinimos ya preparados, y no hay duda que, desde el mundo espiritual, hicimos propósitos de hacer mucho bien y sólo la turbación puede hacernos olvidar tan buenos propósitos: por eso es necesario hacer grandes esfuerzos para que la protección espiritual pueda despertar propósitos olvidados.

Y no siempre el amor en germen, la caridad y la humildad domina en los Centros y reuniones espiritistas. Causa lástima el ver, como yo he visto algunas veces, luchas en los centros para llegar a ser los primeros; causa lástima el ver a veces luchas, discusiones, desavenencias, por si será éste o aquél que ejercerá el cargo de presidente. Esto ha venido, algunas veces, demostrando hasta dónde se llega cuando se pierde el buen sentido espiritista. Esto llega a suceder cuando en un Centro se pierde el verdadero amor al Padre y el agradecimiento al Señor y Maestro.

Los que más influyen en un Centro espiritista son los que han de vivir más alerta y son los que más han de guardar las reglas prescritas en los artículos anteriores, porque son los encargados de vigilar y conducir a los que tienen menos alcances y menos comprensión. Si a todos los espiritistas incumbe el ser prácticos en la caridad, en la adoración al Padre en espíritu y verdad, a la admiración de su gran obra, de su gran providencia y de su gran amor; a la admiración y estima del Sublime Mártir, Señor de los señores; al conocimiento y práctica de su ley; a la práctica de templanza y del amor al prójimo, cuánto más incumbe a los que por alguno o varios conceptos llegan a tener influencia y a dirigir algunos de sus hermanos! La misión de éstos es sumamente delicada, porque, según su manera de obrar, pueden llevar a algunos o a muchos al buen camino o les pueden hacer encallar en los peligros de la vida. Los que por su entender comprenden más y se convierten en guías de sus hermanos, no se pertenecen a si mismos, son como ejemplo de sus hermanos y no pueden

hacer bancarrota a la verdad, sino ser fieles a la ley divina y procurar siempre vivir alerta, para no interpretar mal la ley; deben ser modelos en todo, nunca pueden dejarse dominar por el amor propio, que siempre es muy mal consejero, que debe rechazar todo espiritista y mayormente el que ha venido con una inteligencia superior a la generalidad. Los que destacan por su comprensión sobre la mayoría, pueden sacar un gran bien de su misión y elevarse a gran altura espiritual, si su existencia la emplean en el bien para sus hermanos, siendo modelos en las virtudes y prácticas consignadas; pero pueden contraer una gran responsabilidad, si la inteligencia y superioridad que tienen sobre sus hermanos la emplean para satisfacer miras u opiniones personales, o bien andando con poco cuidado, saben sacar poco fruto de sus facultades. Yo, a pesar de ser persona insignificante, tiemblo sólo al pensar que pudiera cometer alguna falta, que por desidia mía o por amor propio, o por falta de amor al Padre, de agradecimiento al Señor o por falto de indulgencia, amor o caridad, pudiera ser causa de que alguno de mis hermanos se desviara. No podemos ser infalibles; pero cuando en algo no hemos sido correctos en la práctica de la ley divina, si esta incorrección nos perjudica sólo a nosotros mismos, debemos corregirla; pero si esta trasciende y puede perjudicar a nuestros hermanos en la práctica del Espiritismo, debemos ser prontos en dar toda clase de satisfacciones, acudiendo a todas aquellas virtudes que el caso requiera, hasta dejar borradas las huellas de la incorrección cometida.

A veces sucede que son dos las personas que ejercen una influencia decidida entre los hermanos de un mismo Centro; éstos han de procurar siempre que no se formen bandos, sino mantenerlos siempre en la mayor unidad posible; y si la influencia de cada uno de los dos no bastara para mantenerlos unidos en el amor y la unidad de miras, bajo el punto de vista que debe reinar siempre en los Centros espiritistas, los que tal influencia ejercen deben ponerse al último de todos, sellando su boca y sólo hablar para aconsejarles lo que el Señor manda en su ley. Hace poco tiempo vinieron algunos espiritistas ante mí para dirimir sus cuestiones, a fin de que yo diera la razón al que según mi parecer la tuviera. Porque no me dijeran que no había escuchado sus razones les atendí. La ofensa consistía en algunas palabras poco respetuosas que unos dirigieron a los otros; al preguntarme mi parecer fue mi contestación la siguiente:-¿Los que habéis pronunciado palabras poco caritativas sobre vuestros hermanos, habéis pensado antes de pronunciarlas en el deber que tiene todo espiritista de practicar la ley de caridad, amor, indulgencia y fraternidad a que os obliga el Espiritismo? Y los que habéis recibido la ofensa, antes de daros por resentidos, ¿os habéis acordado del Señor y Maestro que se dejó besar por el apóstol traidor y no respondió ni una palabra a los insultos, a los golpes, a las heridas que le inferían sus verdugos y martirizadores, antes bien, les perdonó y pidió perdón para ellos? Es muy natural que no pudieron darme

ninguna contestación categórica. Entonces les dije: -Id, pues, aprended bien lo que el Espiritismo os manda y enteraos bien de lo que manda el Señor en su Evangelio y de lo que El hizo, y cuando estéis bien enterados y lo practiquéis, vosotros mismos me diréis quiénes de vosotros tienen razón y quiénes no la tienen.

Así entiendo que no es fácil que haya nunca disensiones en donde reine el amor, la caridad y la humildad, porque cada uno se considerará que es el servidor de los demás y tendrá sumo gusto en serlo, porque sabrá que así cumple la ley y así progresa, y que por este camino llegará a su felicidad, mientras que siguiendo por el camino contrario labra su ruina, que más o menos tarde tendrá que soportar. Entiendo, también, que pueden presentarse asuntos difíciles de solucionar; en estos casos, los más prudentes se callan y suplican a Dios y esperan que el tiempo y los acontecimientos vengan a poner remedio a los males, y sólo se acude a una resolución extrema, cuando ni la caridad, ni la indulgencia, ni el amor, ni la humildad pueden remediar esos males; pero la resolución se ejecuta con la prudencia y buenas formas que aconseja la moral más acrisolada, evitando murmuraciones y, sobre todo, hechos que puedan trascender fuera de los espiritistas, porque si no se incurre en grave falta, porque si originan escándalos y publicidades que hacen gran daño a los que nos observan, porque les da lugar a considerar a los espiritistas como se considera a los demás hombres que no profesan ninguna doctrina moral. En resumen: entendemos que en los Centros espiritistas debe haber quién dirija y enseñe; pero éstos no se hacen por votaciones ni a voluntad de los hermanos, sino que éstos vienen ya nombrados desde arriba; por eso el especial cuidado debe ser en saber reconocer los que vienen aptos para hacer un trabajo especial y, si se llegan a conocer, procurar que ocupen el lugar por el cual han venido entre nosotros, y mientras no haya motivo, deben permanecer en su puesto, porque de lo contrario se corre el riesgo de perder la verdadera lógica espiritista y caer en graves errores.

No nos cansaremos de repetir: en los Centros en donde reine el amor y la adoración al Padre en espíritu y verdad, la admiración, respeto y amor al Señor, la indulgencia, la caridad y la humildad, no faltará paz y armonía entre los hermanos, su vida se deslizará más tranquila, sentirán gozo en el alma, porque muchas veces recibirán la influencia de buenos espíritus, harán un gran progreso y hallarán una recompensa en el mundo espiritual, más grande de lo que se puede calcular.

Lo que debe ser el espiritista ante la humanidad

Dice el Señor: *Vosotros sois la sal del mundo; si la sal pierde su sabor, ¿con que será salado? Que es como si dijera: Vosotros sois la luz del mundo; si la luz pierde su claridad, ¿minará?*

Todo espiritista que haya hecho profesión pública de sus creencias no debe olvidar nunca por donde pasa, a dónde va, y allí donde frecuenta; se nos observa y se nos estudia, para ver cómo obramos los espiritistas, ya que saben que nuestra manera de pensar es muy distinta de la de los que no profesan nuestras ideas. De modo que debemos tener muy presente aquellas palabras de un gran espíritu: Prudencia en el pensar, prudencia en el hablar, prudencia en el obrar, porque, si olvidamos las reglas que el Espiritismo nos prescribe y que algunas de ellas están anotadas en los artículos anteriores, podemos caer en ridículo, por no estar nuestros actos ajustados a la moral que el mundo espera de nosotros, cuya moral, cuando es bien practicada, es el mejor medio de propagar y ensalzar nuestros principios. De manera, que una actitud correcta y llena de dulzura, es de una atracción poderosa y podemos atraernos con ella las simpatías de muchos y hacernos agradables por nuestro trato. Nuestras maneras y costumbres es lo primero que todo espiritista debe emplear en su propaganda; primero obrar, después hablar, a no ser que la necesidad de las circunstancias nos obliguen a hablar primero que obrar. Cuando así deba hacerse, debemos ser muy prudentes y humildes, y debemos dar pruebas de una excelente educación. Pero, si es posible, obrar primero; vale más que nos conozcan primero por las obras que por las palabras; así cuando venga la hora de hablar, nos escucharán con más respeto y seremos mejor atendidos, procurando no entrar en propagar nuestras ideas, sino en ocasión oportuna, empezando siempre por demostrar lo que es la moral del Espiritismo, sus tendencias y sus fines, que son el hacer mejores a los hombres, traer la paz a la humanidad y demostrar un porvenir más feliz que el que poseemos en la tierra, y sólo debe entrarse

en la explicación de fenómenos espiritistas, cuando ya las personas a quienes se habla han aceptado la moral y en algo comprenden su sublimidad, y en casos que se puedan exponer hechos, deben exponerse aquellos que puedan ser mejor comprendidos y estén al alcance de las personas con quién hablamos.

A veces hemos oído hablar a espiritistas entre personas profanas al Espiritismo y hemos tenido que escuchar la explicación de fenómenos que han estado muy fuera del alcance de las personas que escuchaban al espiritista, y esto casi siempre ha dado por resultado o la burla, o la mayor incredulidad, porque han considerado fanático al citado espiritista, perdiendo así toda influencia moral sobre aquellas personas. Por eso la propaganda moral, casi siempre, es bien recibida y mayormente si el espiritista que la propaga es persona que sabe portarse de una manera distinguida; cosa muy fácil para todo espiritista estudioso y que esté bien penetrado de lo que el Espiritismo le prescribe. Y no debe olvidarse que uno de los primeros mandamientos de la ley es: *Amarás al prójimo como a ti mismo*; y si bien es muy difícil practicar este mandamiento al pie de la letra, no es menos verdad que nosotros estamos obligados a practicar la caridad entre nuestros semejantes. Así es que si entre nosotros debemos ser indulgentes, benévolos y debemos dispensar, disimular y hasta perdonar, no hemos de ser menos entre la humanidad. Los que no son espiritistas sostienen a veces cuestiones, altercados, disputas, riñen y a veces se maltratan; nosotros debemos huir en absoluto de todo esto, si con buenas formas podemos llevar las cosas a su lugar, podemos y debemos hacerlo, pero si para esto nos hemos de separar de las reglas prescritas, debemos callar o buscar la mejor manera de salir de tal situación, y si de cualquier asunto, a pesar de nuestra prudencia y amor, no podemos salir bien librados, debemos sufrir con paciencia las iras de la ignorancia y de la mala fe; debemos perdonar sin reservas dentro de nuestra alma y debemos devolver bien por mal si es posible. Por eso no debemos olvidar la práctica del Maestro y Señor. El es el modelo, la verdad y la vida. ¿Qué dijo El, cuando le insultaban, le apostrofaban, le maltrataban y le escupían? Nada, bajaba los ojos y perdonaba en su interior. Pues si el que tanto es y tanto podía lo hizo tal como dejo escrito, ¿haremos nosotros al revés? Desgraciado del espiritista que puede perdonar y no perdona, pues vendrán días que exclamará: ¿de qué me sirvió saber lo que sabía y de haberme llamado espiritista?; más me hubiera valido no haberlo sabido, que no hubiera contraído tanta responsabilidad.

Hay espiritistas que, guiados por su ardiente caridad, se dedican a curar enfermos por medio del magnetismo, ya con agua magnetizada o con pases magnéticos; cuando entre estas prácticas no se mezcla nada de pretensiones de ninguna clase, sino un ardiente amor al enfermo y el deseo único de hacer bien, con una fe ardiente al Padre, pueden alcanzarse buenos

resultados, pero se ha de tener en cuenta, que si el espiritista ha de tener prudencia en todos los casos, mucho más debe tenerla el que quiere dar salud a los enfermos; éste debe llevar una vida muy pura exenta de faltas y defectos que puedan retirarle la buena protección, porque sino, en lugar de hacer un bien a los enfermos, les hará un mal, les perjudicará. El que quiera aliviar o curar a la humanidad doliente, aunque sea nada más que dentro de sus relaciones particulares, debe llevar vida de santidad, llamémosla así para dar una distinción al que tal haga, mayormente si el espiritista que cura no es hombre que posee la ciencia médica, u otra ciencia que le acredite como a tal. Pero los que sólo lo hacen por amor a la humanidad deben despojarse de todo lo que pueda empañar la brillantez de su espíritu para que su periespíritu y su cuerpo puedan transmitir buenos fluidos. De manera que deben aplicarse, siempre, las siguientes máximas: Si quieres curar a los demás, precisa que tú primero estés curado de tu cuerpo y de tu alma, de lo contrario mal podrás curar a los otros si tú estás enfermo.

Claro está que si debe tener por práctica las maneras y costumbres que dejamos consignadas se abstendrá de hacer promesas a las personas que trate que no las puede cumplir, porque el que se dedica a prácticas tan levantadas nunca debe confiar en sus propias fuerzas, sino contar con su buen deseo, su voluntad y sobre todo con la ayuda de Dios y de los buenos espíritus, procurando tener fe en el que curó a los ciegos, tullidos y resucitó muertos. Obrando así, mucho podrá esperar del que Todo lo Puede y su misión será paño de lágrimas, para los que lloran y los que sufren (1).

En resumen: la humanidad gime, llora, se desespera por lo mucho que sufre; el egoísmo todo lo devora; las víctimas de la maldad se suceden las unas a las otras, las religiones se han desviado del camino; son escasos los hombres de bien, los cuales son siempre intermediarios entre la humanidad y la Providencia. Los espiritistas somos los encargados de traer la luz ya que nosotros sabemos porque la humanidad sufre, por que llora, por que se desespera; sacrifiquémonos, pues, para poderla explicar la causa de sus sufrimientos, de sus lágrimas, de su desesperación; obremos de manera para que sepa que el dolor depura, eleva, purifica, ensalza y así cumpliremos nuestra misión. El espiritista que mucho quiere hacer por sus semejantes no debe perder de vista al Señor cuando le azotaban atado al pilar, cuando le coronaban de espinas cuando llevaba la cruz, cuando consumaba el sacrificio, para saber imitarle en sus actos de amor a la humanidad, de abnegación y de sacrificio.

Vosotros sois la sal del mundo; si la sal pierde su sabor, ¿con que será salado?

(1) Pero no debe olvidar que debe dar de gracia lo que de gracia recibe, porque es muy perjudicial y antiespiritista el hacer una profesión lucrativa de la protección que viene de arriba. Bueno es hacer la caridad; pero es muy malo explotar.

Lo que debe ser el espiritista entre la familia

Si el espiritista ha de ser prudente, virtuoso, tolerante, humilde, abnegado y caritativo entre sus hermanos y entre la humanidad, ¡cuánto más tiene el deber de serlo entre la familia! Si son sagrados los deberes que tenemos que cumplir entre nuestros hermanos y entre la humanidad, lo son mucho más los que tenemos que cumplir con la familia; porque hemos de tener en cuenta que además de los vínculos que en esta existencia nos atan con lazos indisolubles, tenemos siempre historias pasadas que se enlazan con la historia presente.

Los que no son espiritistas todo lo atribuyen a la casualidad; pero nosotros sabemos que no hay efecto sin causa y que las contrariedades o satisfacciones de hoy son continuación de nuestras vidas pasadas. Por eso el espiritista debe ver en su familia un depósito que se le ha hecho, sobre el cual tiene muchos deberes que cumplir y muchos sacrificios que hacer; por eso el esposo debe ser el apoyo y sostén de su esposa, debe respetarla, amarla y protegerla en todo, aconsejarla, dirigirla y darle con justicia, en todos los trances de la vida, lo que le pertenece. También la esposa debe obediencia, amor, respeto y sinceridad a su esposo, siendo, para ella, siempre la primera persona a la cual debe confiar todos sus secretos y todas sus tendencias, sin separarse jamás del respeto y obediencia que debe al que Dios le ha dado como guía en este mundo de dolor.

Ya se que para muchos huelgan estas palabras, mayormente cuando los esposos tienen unas mismas tendencias, son de buen carácter y sienten las mismas inclinaciones; pero cuando entre los dos hay caracteres opuestos o un mal genio que hace difícil la unión, ya es otra cosa.

¿Y si se encuentra el esposo con tendencias opuestas en su familia, que no quieren que él tenga ideas o profese el Espiritismo? ¿Cómo se las arregla el tal jefe de familia? Es muy difícil prescribir reglas para cada caso particular; sólo podemos decir que en este caso, el espiritista debe escudarse en una prudencia, un tacto y una paciencia a toda prueba;

entonces es cuando debe estar más unido a los de arriba, tener mucho amor al Padre, recordar mucho la paciencia y la abnegación del Señor y estar muy en contacto con su Guía espiritual, por medio de la oración y por la indulgencia que sienten para los que le atormentan. Su conducta entre su familia ha de ser un bello modelo de toda clase de virtudes, para que el ejemplo pueda un día llevar la convicción, o a lo menos la tolerancia entre los suyos, y, si no es posible, que no se rebele, que se deje sacrificar si es necesario, que considere que lo de hoy es resultado de lo de ayer, que, cuando así lo haga, puede esperar gran recompensa. He visto, durante mi vida espiritista, dos hermanos que sufrieron mucho entre su familia, y, a pesar de sus sacrificios, su paciencia y su abnegación, no pudieron lograr que se toleraran sus creencias entre sus deudos, siendo muy a menudo objeto de burlas y de desprecio de los seres más queridos; Pues de estos dos hermanos, ya desencarnados, he tenido ocasión de oír sus comunicaciones, algunas veces, en circunstancias que no dan lugar a duda, cuyas comunicaciones han sido, moralmente hablando, de gran elevación y han demostrado una dicha tan grande en estos espíritus, que puedo asegurar, que, de los seres desencarnados en nuestra época, ninguno ha demostrado disfrutar de tanta dicha ni de tanta felicidad. El sacrificio fue grande en la tierra, porque nada hace sufrir tanto como verse despreciado y burlado de los que se ama; pero estos sufrimientos son doblemente recompensados por nuestro Padre, por nuestro Dios, por el que todo lo tiene, todo lo sabe y todo lo puede.

Pero estas situaciones son excepcionales y son pocos los que se hallan en ellas. Lo más común es que el espiritista llegue a ser padre de algunos hijos cuya misión no está exenta de peligros, y a veces es necesaria una abnegación a toda prueba, con un buen sentido práctico espiritista.

A veces, no son todos los hijos de la bondad que el padre desea, sino al contrario, acarrean disgustos y sinsabores que causan grandes sufrimientos, los cuales han de saber sufrir los padres, teniendo mucho cuidado en sentir el mismo afecto sobre los buenos como sobre los que por su carácter causan penas y disgustos.

El espiritista debe sentir amor igual para todos sus hijos, y no debe olvidar que los que más necesitan de su misericordia son los que de alguna manera tienen menos bondad y menos conocimiento; hay hijos que, con sólo darles la mano al padre, los lleva a todas partes, mientras que hay otros que, además de darles la mano se les ha de empujar. He visto padres espiritistas que, a pesar de amar a todos sus hijos, han tenido preferencia por aquellos que los han visto más pacíficos y más obedientes; si esto no hubiese sido más que en apariencia, hubiera podido ser una buena medida para conducir a los demás; pero no fue así, sino que siguieron las preferencias a unos, y a los otros casi se los relegó al olvido. Esto es una mala práctica que puede costar cara al que tal haga.

Es verdad que a veces el padre no puede hacer demostraciones iguales a todos sus hijos, por la diferencia de conducta y de comprensión de los mismos; pero el padre y la madre deben llevar el amor en su corazón, y si cabe, mucho mayor por el hijo que más lo necesita; ya por su atraso moral o por otras causas de la vida; porque no debe olvidar todo espiritista que tenga hijos que no los ha tenido por casualidad, sino bajo un plan providencial, para el bien suyo y el de sus hijos; quizá son enemigos que tienen deudas graves contraídas y que Dios los pone el uno al lado de otro, unidos por lazos de familia, para que paguen una deuda que de otro modo no podrían pagar; quizás la mujer abandonada de otras existencias, que sirvió para satisfacer caprichos, viene a reclamar nuestro apoyo porque sabe que tiene derecho a tenerlo; por eso el espiritista, si bien debe poner buen cuidado para la educación de todos sus hijos, la debe tener más grande por aquellos hijos que vienen cargados de defectos y son causa de grandes disgustos.

¡Cuántas historias hay entre los seres encarnados que si pudiéramos verlas nos harían bajar la cabeza y nos pondrían en constante cuidado para no equivocarnos! Es verdad que estas historias no las podemos saber, pero nos basta saber que no hay efecto sin causa y que Dios, con su gran sabiduría, nada hace inútil ni sin un motivo altamente justificado. Así es que si el esposo encuentra mala esposa, si la mujer encuentra un mal marido, no es casual, sino sabiamente ordenado; si un padre bueno tiene hijos malos, no es castigo, sino el resultado de una ley justa, por eso el espiritista que sabe todas estas cosas y muchas más, no debe tomar la vida como paraje de recreo, sino como una sucesión de hechos que le herirán hasta en lo más íntimo de su alma, que le harán sufrir, que le causarán sufrimientos y lágrimas, pero el espiritista debe ser fuerte animoso, compasivo, abnegado, caritativo para todos y muy en particular para los defectos de sus hijos, depósitos sagrados que el Padre le hace para que sea su protector y guía, a fin de hacerles dar un paso, en caso de no poder hacer más. Todo espiritista debe proceder con mucho cuidado en la misión de padre, sin dejarse arrastrar nunca, ni por una atracción desconocida en su causa, para unos, ni por la frialdad que puede sentir por otros; la justicia y el deber deben ser el regularizador de esas afecciones o repulsiones secretas que siente el alma. Ya hemos dicho que un hijo nuestro puede ser un gran enemigo de otras existencias, como un amigo cariñoso, y no hay duda que, dentro de los secretos de nuestra alma, resuenan aún las impresiones de lo pasado; por eso el Espiritismo es tan eficaz para hacernos progresar, porque su última solución es amar, amar y amar. Amar al que nos quiere, al que nos odia, al que nos protege, al que nos persigue, al que nos hace el bien, al que nos quiere mal; y este mandamiento, que es ley practicarlo entre la humanidad, lo es aún más practicarlo entre su familia. El espiritista que su

ley y su práctica sea el amor, no verá tinieblas, su vida se deslizará con la mayor paz posible en la tierra, y después alcanzará la felicidad.

Si el espiritista, en lugar de tener esposa e hijos, tiene aún padres no debe olvidar el deber de tenerles toda clase de respeto, cariño y amor; considerar que han sido los representantes de la Providencia en la tierra para él, y está obligado a darles paz, consuelo, protección, amparo; está obligado como hijo, a hacer por sus padres lo que ellos hayan hecho por él, y si sus padres no se le hubiesen portado bien, no está menos obligado, porque, en este caso, ellos pertenecerían al orden de espíritus inferiores y el espiritista debe ser el ejemplo constante de virtud y abnegación, para que aprendan los que aún no sabían o no han sabido cumplir con sus deberes.

En resumen: Creemos que el espiritista, en todas las situaciones de la vida, ha de cumplir como buen hijo, como buen esposo, como buen padre, como buen hermano y como buen ciudadano; así, siendo práctico en la ley divina, cuyo sentido práctico está en la ley proclamada y practicada por el Señor y Maestro, será luz que iluminará a los que estén a su alrededor, será mensajero de paz y de amor entre todos, y llevará la paz de las moradas de luz entre los hombres de la tierra.

Lo que debe ser el espiritista ante si mismo

El hombre tiene la costumbre de ser muy indulgente consigo mismo; siempre encuentra medios para justificar su conducta, aunque esta no sea tan correcta como debe: siempre procura excusar sus defectos y atenuar sus faltas; tanto es así que, muy a menudo, se oye de labios de muchos, cuando se trata de inculcarles el Espiritismo, que dicen: Yo no creo en nada, si sigo la corriente es para seguir a la mayoría, pero en materias de la otra vida creo que lo mejor es hacer el bien posible, y si hay algo después de la vida presente, nada malo me puede suceder; y estos hombres entienden que practican el bien, siendo padres correctos para sus hijos, no haciendo ningún mal, ni en su casa ni fuera de ella, pagando todas sus deudas y compromisos, y dando alguna limosna cuando les viene a bien. Estos hombres creen que así ya lo han hecho todo y que están preparados para cuando sean llamados a juicio. ¡Cuán engañados viven! La sociedad vive mal y a veces lo que para la sociedad es cosa corriente, es falta grave ante la ley divina. No basta no hacer mal, es necesario hacer mucho bien, y luego ¿cómo sabe el hombre si hace mal o bien, si no se rige por la ley divina, y sí sólo por la ley humana? Aunque cumpla con los deberes sociales, en dónde estará la práctica "amarás al prójimo como a ti mismo". Volverás bien por mal. Si te hieren en una mejilla volverás la otra. Bendecirás a los que te maldicen. Y orarás por los que te ultrajen y te persiguen. Las leyes humanas dejan escapar las faltas que no alcanza el código penal, pero las leyes divinas alcanzan a todas las faltas que de alguna manera afectan a la conciencia. Por eso los que piensan como dejamos dicho, se equivocan; porque si bien viven en paz, según la ley humana, están en descubierto con la ley divina y cuando llegue su hora, sufrirán las consecuencias de su error y mientras sigan pensando y obrando así, la sociedad no se reformará y todos serán víctimas de su egoísmo y de

la falsa interpretación de la ley, que, en definitiva, nos ha de colocar a cada uno según sus obras.

Los espiritistas no debemos proceder así: todo espiritista. ha de ser muy severo consigo mismo; nunca en su interior debe dispensarse una falta, nunca debe buscar atenuantes para justificar su conducta, si ésta en algo ha dejado que desear; él debe ser el primero y más severo juez de sí mismo, no debe olvidar que si está en este mundo y tiene que sufrir y luchar, la causa está en su atraso, en sus imperfecciones y defectos que urge que se eche de encima todo lo que no sea amor, virtud, caridad, justicia, o sino, en vano tratará de tener paz y nunca podrá honrar la doctrina que profesa y no será digno de llamarse espiritista.

Ya sabemos que es muy difícil llegar a ser hombre justo en todo, pero el espiritista aunque, por su historia pasada, se encuentre con resabios de lo que fue ayer debe luchar siempre para avanzar en el camino de depuración, sin desalentarse aunque le sea difícil el rehabilitarse o depurarse, hasta que llegue a ser hombre digno en todo.

Para conseguir esto, aconsejamos una práctica que nosotros hemos seguido y seguimos durante bastantes años, práctica que nos ha dado muy buenos resultados llegando a obtener todo cuanto nos ha sido necesario para conseguir nuestros propósitos de vivir con justicia y dentro del amor de Dios.

Todo espiritista procurará, todos los días antes de acostarse, hacer un examen de todo lo que durante el día ha sentido y ha hecho. Hay tres maneras de faltar: de pensamiento, de palabra y de acción o de obra. La falta de pensamiento es aquella que ya por sentir pasiones injustas o mal reprimidas, o por no ser bastante indulgentes con las faltas del prójimo, o por codiciar cosas injustas, el espiritista puede sentir deseos que son punibles ante la ley divina. Como el espíritu tentador muchas veces acosa al espiritista por este lado y le tiene muy a menudo bajo su dominio, aunque no llegue a hacerle cometer la falta, esto le produce al tal espiritista cierto malestar y le imposibilita, mientras está en tentación, de concebir pensamientos y deseos del bien, y, por lo tanto, mal podrá practicarlo si no lo piensa. El espiritista que al hacer el examen vea que está sugestionado por una tendencia injusta, debe hacer el propósito de resistir a los pensamientos impuros o faltos de caridad; para esto, debe pedir mucho al Padre, recordar la pureza de las palabras y de los hechos del sublime Maestro y no olvidar que todos tenemos un ángel guardián que está encargado de guiarnos, que tendrá mucha satisfacción en cooperar en nuestra regeneración y que ayudará a su protegido, mientras éste persista en sus buenos propósitos. Y aunque esto a veces no se consiga en seguida, aún que el espiritista que falta de pensamiento no logre, a pesar de sus esfuerzos, separar pensamientos malos, no debe acobardarse, sino persistir, día tras día, en sus buenos propósitos, pedir y confiar y ya verá, como a la

postre, serán coronados con éxito completo sus esfuerzos, y entonces se sentirá más tranquilo y los buenos pensamientos afluirán sobre él y conseguirá la práctica del bien sin grandes trabajos.

Si la falta es de palabra, que por falta de previsión se haya sido indiscreto, intolerante o absoluto, el espiritista en seguida que reconozca su mal proceder, no le deben doler prendas, sino en seguida y sin dilación ninguna, debe proceder a dar cumplida satisfacción a la persona o personas ofendidas, procurando, con toda sinceridad, demostrar verdadero arrepentimiento, hasta conseguir que aquella falta cometida sea dispensada. Entonces al hacer el examen, el espiritista a más de rogar al Padre y pedir al Señor que tan amable fue para todos, debe llamar poderosamente al guía espiritual, procurando tomar todas las resoluciones que sean necesarias para corregirse de tal defecto, procurando cumplir los propósitos que haya formado. Si no triunfa de su carácter tan pronto como desearía, no debe tampoco acobardarse, sino resistir consigo mismo y perseverar, pidiendo, arrepintiéndose y dando tantas satisfacciones cómo sean necesarias, cada vez que incurra en falta para borrarla, sin olvidar que esta conducta le garantizará la protección de arriba y le pondrá en condiciones para que las personas que trate le reconozcan su buena voluntad, a pesar de sus defectos, y esto hará que, sin tardar mucho, se encuentre corregido de las faltas en que acostumbraba incurrir de palabra.

Si la falta es de obra, esta ya es más grave y el espiritista debe procurar por todos los medios posibles no incurrir en ella. Hay obras que pueden ser faltas leves como otras que pueden ser faltas graves; en las primeras, puede el espiritista, con la ayuda de Dios, de los buenos espíritus y de sus hermanos, corregirlas. Digo con la ayuda de sus hermanos, porque, cuando el espiritista incurre en falta de obra, no debe fiarse de sí mismo, sino que, además del decidido propósito de no volver a las andadas y pedir mucho la protección de los buenos espíritus, debe buscar el consejo y la protección de aquellos hermanos espiritistas que, más prácticos que él en las cosas de la vida, tengan ya otro temperamento y otras virtudes.

Estos hermanos, si el espiritista es sumiso y está bien arrepentido de sus faltas, pueden ayudarle con sus consejos, y entre los de arriba, los de aquí y los buenos propósitos del interesado, puede llegar a corregirse y ser espiritista correcto. Si la falta es grave acarrea consecuencias que no se borran con buenos propósitos, si no que le alcanza hasta la expiación; por esto aconsejamos a todo espiritista que si tuviera la desgracia de incurrir en una falta grave, sólo una larga penitencia podría borrarla. Entendemos por penitencia un olvido absoluto de todas las cosas que pueden halagar y distraer; entendemos por penitencia una vida de retiro, de mortificación, sufriéndolo todo por amor a Dios y por reparación de la falta; entendemos por penitencia dedicarse a la caridad en bien de los pobres, de los enfermos, de los afligidos, y no pensar más que en agradar a Dios y ser útil al

prójimo, a medida de las fuerzas del penitente. Sólo así se borran las faltas graves. Así es que todo espiritista que desgraciadamente se encontrara en este caso, en sus exámenes de conciencia ha de hacer grandes arrepentimientos y propósitos muy decididos y no cejar hasta conseguir su rehabilitación. Mucho puede el arrepentimiento, la oración y la práctica de la caridad.

El Espiritista que siga nuestros consejos y siga las prácticas que dejamos indicadas en los artículos: "Lo que debe ser el espiritista ante Dios, ante el Señor y Maestro y entre sus hermanos", mucho podrá adelantar y mucho podrá hallar en la vida venidera. De lo contrarío, muy difícil le será salir de esta existencia y tener vida tranquila y de dicha en el espacio.

Hay espiritistas, y no pocos, que viven siguiendo los impulsos de su corazón, sin pararse en las faltas de pensamiento, poco de las faltas de palabra y, si bien se fijan en las obras, no dan toda la importancia que requieren todos aquellos actos y acciones que no son bastante justas.

Estos espiritistas, aunque no hagan males de importancia, viven sin regla fija y no adelantan, y en muchas cosas se diferencian poco de los que no son espiritistas. Estos hermanos en creencias van mal y se exponen a quedar en malas condiciones al salir de la tierra y el procedimiento de hoy puede costarles muchas lágrimas y muchos sufrimientos; por eso muchos de los espiritistas desencarnados, según nuestros estudios, han quedado en mala situación y son muy pocos los que quedan con una posición brillante en el espacio y es por falta de estudios en sí mismos y por falta de cuidado en la manera de pensar, hablar y obrar. Hay, pues, que vivir apercibidos, y no distraerse en la vida terrestre, los que quieran aprovecharse de ella para su progreso y para su bienestar. Es necesario orar, pedir, suplicar, y aconsejarse con aquellos que son prácticos en la vía de purificación, hay que consultar libros de moral espiritista, y sobre todo *El Evangelio según el Espiritismo*, por Allan Kardec, en el cual están previstos muchos de los peligros que pueden hallar los espiritistas en la vida terrestre.

Es necesario no olvidar, y esto deben tenerlo presente todos los espiritistas, que el tiempo que pasamos en la tierra es sumamente corto, y que el tiempo que tendremos que pasar y que sin remisión nos espera en el espacio, será sumamente largo; aquél será feliz o desgraciado, según hayamos cumplido o dejado de cumplir; procuremos, pues, progresar en virtudes, en amor y adoración al Padre, en respeto y veneración hacia nuestros semejantes, y no dudemos que nuestra felicidad será grande y se habrán acabado para nosotros los sufrimientos y males que tantos años nos aquejan y nos tienen retenidos en planetas de expiación.

Como debe portarse el espiritista en los sufrimientos y dolores de la vida

---

Sabemos los espiritistas que la tierra es lugar de expiación y de dolor como sabemos también que el dolor purifica, depura y eleva, y sabemos más y es que el dolor es uno de los medios que nos hace progresar más rápidamente. ¿Cómo, pues, debemos tomar los dolores y sufrimientos físicos en la vida? Con calma, con resignación y hasta con alegría, recordando siempre que el dolor es el camino más rápido para elevarnos a regiones más altas, y el más seguro para apartarnos de las veleidades humanas.

Hemos visto espiritistas que han sufrido, no sólo con resignación, sino con alegría, porque si bien en los momentos del paroxismo del dolor los he visto quietos y serios y a veces algo fatigados, cosa muy natural, pero, pasado el paroxismo, los he visto relativamente tranquilos y alegres, y cuando sus enfermedades se lo han permitido, han sido expansivos y muy dispuestos a ensalzar la justicia de Dios. De éstos he visto pocos; pero los que han desencarnado y hemos podido saber de ellos, siempre han demostrado un estado muy feliz en el mundo espiritual, estando muy satisfechos de la calma y serenidad con que supieron sufrir lo dolores de la existencia material.

He visto otros espiritistas que, si bien aparentaban resignación en los dolores de la existencia material, los he visto muy tristes y afligidos, les he visto llorar y lamentarse de sus sufrimientos; estos espiritistas, entiendo, que no andan muy bien y están poco seguros de no caer, porque la tristeza engendra mal humor, y esto puede dar lugar a murmurar del destino, y, si se llega a la murmuración, se está en el primer paso de la rebeldía. Cuando un espiritista está en este estado revela atraso moral y un desconocimiento de lo que es la ley divina. ¿Qué diríamos de un comerciante que se le presentan muchos negocios para realizar, en los cuales logre grandes

ganancias y se enfada y murmura porque le vienen tales negocios? Diríamos que el tal comerciante no sirve, porque cuando viene la ocasión de recoger un capital no la aprovecha. Así son los espiritistas que, cuando les vienen dolores en la vida, se entristecen o se atribulan y a veces se rebelan.

El espiritista debe tomar la existencia material como un curso de pruebas de todas clases, físicas y morales, que sirven para realizar un verdadero progreso; el espiritista nunca debe tomar la existencia material como la vida verdadera, sino como un período de estudio y de prueba para prepararse para la que lo es, porque esta está en la erraticidad; por cada día que pasamos unidos a la carne hemos de pasar miles de años en la vida del espacio, pues, ¿qué significan estos pequeños períodos que llamamos vida material para la que nos aguarda que es la del espíritu? Si la ley nos obliga a sufrir, porque nada ocurre en la creación sin justicia, debemos los espiritistas aferrarnos a la calma y serenidad más grandes, porque sabemos que es un gran bien para nosotros y que hemos llegado a la hora propicia para probar si el Espiritismo está arraigado en nuestro interior, o si es superficial la creencia que tenemos. Si es superficial, no podemos llamarnos espiritistas, pero si está arraigada en lo más hondo de nuestra alma, sabremos tomar las pruebas y dolores de la existencia como debemos y honraremos la doctrina que profesamos.

No debe dudar ningún espiritista que en el reino de Dios no se entra por sorpresa, ni se llega a la felicidad sino después de haberse depurado; así es que las comodidades, las alegrías mundanas y los goces de la tierra no son buenos caminos para alcanzar la felicidad en el espacio como tampoco debe dudar ningún espiritista que, cuanto más cerca se halla de su felicidad espiritual, más probado es por todos conceptos en la tierra. No hay más que recordar la vida de los mártires, de los justos, de los humildes y de los buenos y compararla con la manera de vivir de los grandes, según el mundo, de los opulentos, de los potentados, y se verá que, mientras los primeros tienen la vista fija en la vida del porvenir, los segundos no ven más que las delicias del mundo. De lo que digo, da una excelente prueba el Señor y Maestro en sus Mandamientos y en sus actos.

Bienaventurados los que sufren, que de ellos es el reino de Dios. Bienaventurados los afligidos, que ellos serán consolados. Bienaventurados los perfectos, que ellos verán a Dios.

Estas son las palabras del Señor. Confiemos todos en El; sigamos su ejemplo; sea todo espiritista que sufra grandes dolores, fuerte, lleno de calma, de amor al Padre, de resignación y de sumisión a la justicia divina, y si en algunas épocas la tentación arrecia, que se defienda con la oración, con el amor a los que sufrieron antes que él, y que no olvide que, tras el dolor sufrido con calina y alegría, viene la dicha, la felicidad y la vida eterna.

¿Cómo deben ser los Centros espiritistas?

Los Centros espiritistas deben ser *la cátedra del Espíritu de Verdad*, porque de no tener el espíritu de luz su cátedra, tendría su influencia el espíritu del error, y desgraciados de aquellos espiritistas que están bajo la influencia del espíritu de tinieblas que poco, muy poco, adelantarán en la vía de su progreso. Por eso se han visto Centros espiritistas que han caído en aberraciones graves, porque a causa de su falta de examen, o por no seguir una conducta adecuada a las circunstancias, han sido dominados por influencias perversas y han contraído tremendas responsabilidades en lugar de progresar y perfeccionarse.

La Iglesia católica dice que el púlpito es la cátedra del Espíritu Santo, mas nosotros sabemos que no hay santos en el verdadero sentido de la palabra, sino espíritus más o menos adelantados, más o menos perfectos, más o menos puros. Sabemos, también, que el Espíritu de Verdad puede, en circunstancias dadas, inspirar a un político, a un sacerdote, a un hombre de ciencia, sean cuales sean sus creencias, según la importancia del asunto que trate, que desarrolle o discuta, pero no por privilegio ninguno, sino porque es el medio de que se vale la Providencia para hacer que la humanidad progrese; es la manera como el Altísimo se vale para que vaya cambiando el estado de cosas que han de regenerarse; pero nunca se podrá atribuir ninguna escuela, ni religiosa, ni política, ni social, la asistencia exclusiva del Espíritu de Verdad. Pero yo digo que los Centros espiritistas deben ser cátedra del Espíritu de Verdad, y digo esto porque en los Centros espiritistas se celebran sesiones; en estas, como saben todos mis hermanos, se reciben comunicaciones, estas comunicaciones son inspiradas por espíritus que inspiran o dominan a los médiums; si estos espíritus no son de verdad, ¿a dónde irán a parar los que sean encaminados por espíritus del error? Porque se ha de tener en consideración que las comunicaciones son escuchadas con suma atención y que la mayoría de los hermanos que

concurren a las sesiones medianímicas hacen mucho más caso y fijan más su atención en la comunicación de los espíritus que en las exhortaciones del espiritista más entendido; así que, si estas comunicaciones son inspiradas por el Espíritu de Verdad, es muy justificada y es de gran provecho esta atención; pero si el espíritu que se comunica es ligero o espíritu de error, no hay duda que la influencia que ejercerá sobre el común de los reunidos será perniciosa y perjudicial. Por eso se ha de preocupar a toda costa que en los Centros espiritistas sea el espíritu de verdad el que domine y exhorte en las sesiones espiritistas, y como no es el lugar ni la fórmula lo que atrae los Espíritus de Luz, es necesario guardar ciertas reglas para atraerlos y hacerles agradable la estancia entre nosotros.

Entiendo, pues, que los Centros espiritistas deben serlo de amor, de caridad, de indulgencia, de perdón, de humildad, de abnegación, de virtud, de bondad y de justicia, a fin de atraer a los buenos espíritus.

El presidente o director de un Centro espiritista debe ser modelo en todo, porque si los demás hermanos que componen el Centro deben procurar guardar una conducta modelo, incumbe más el guardarla al que dirige y enseña; éste ha de ser sufrido hasta lo sumo, no debe ser nunca precipitado, no puede dejarse arrastrar por influencias particulares, sino obrar según el bien general de los hermanos que dirige; si es posible, debe estudiar, en lo que la prudencia indique, el carácter, y tendencias de cada uno de los hermanos que están incluidos bajo su dirección, para encaminar, instruir y dirigir a cada uno, según las necesidades de su carácter y su manera de ser; no debe olvidar que cuando se encuentra revestido de un cargo, que aunque entre los hombres nada es, lo es de mucha importancia ante Dios, que si por desidia o falta de previsión, que con cuidado pueda tener, o por falta de amor y de caridad entre los suyos, permite deficiencias o maneras que pueden perjudicar moralmente a los que dirige, será altamente responsable. No debe olvidar todo presidente o director de un Centro espiritista que en la dirección de sus hermanos tiene un depósito sagrado, que un día le rendirá grandes beneficios si sabe dirigirles bien, mas le atraerá grandes responsabilidades si no obra como debe. Por eso todo director o presidente debe vivir siempre apercibido, teniendo y llevando su pensamiento muy levantado; debe ser amante de la oración mental; debe estar bien enterado de la ley divina (Evangelio); debe recordar la abnegación, el sacrificio y el amor del Señor y Maestro, para que en todas las ocasiones de su existencia tenga presente la manera de obrar como espiritista, a fin de que tengan motivo de admirarle los que le siguen, nunca de censurarle, porque en su centro él es la luz, es el encargado de la Providencia para dirigir a los que le siguen; es el guía espiritual visible que tienen sus hermanos para su dirección, instrucción y consuelo en la presente existencia; es, en fin, el que puede librar, a los que se le han confiado, de las caídas, preocupaciones y tinieblas de la tierra.

Por eso, con su dulzura, su amor y su palabra persuasiva, siempre mansa y tolerante, debe corregir todo aquello que pudiera ser causa o motivo de que el espíritu de tinieblas pueda encontrar medios para meterse entre las enseñanzas y exhortaciones que se reciban en el Centro; debe procurar que dentro del mismo no se entablen conversaciones sobre cosas ligeras, ni mucho menos sobre asuntos que pudieran redundar en crítica o murmuración sobre hermanos ausentes; no debe olvidar que la caridad y el amor al prójimo nos obligan a no tratar del ausente cuando no se hable bien de él, o si acaso la necesidad obliga, sea hecho tal como se hace con una persona que se la ama mucho y se sufre cuando aquella se desvía. Debe procurar todo presidente o director, que, al entrar en sesión, los hermanos tengan conciencia y estén apercibidos del acto que van a realizar, a fin de evitar que malas influencias se metan en el acto e impidan se pueda recibir la influencia y las instrucciones del Espíritu de Verdad.

Por otra parte, los hermanos que concurran y formen el Centro, deben tener obediencia y respeto al que Dios les ha dado para guía y consuelo, que es una gran cosa encontrar en la tierra quien nos encamine hacia al Padre y nos señale los escollos de la vida y nos separe de las caídas, que tan caras cuestan en el porvenir

Pero esa obediencia y este respeto no debe ser ni fanática ni obcecada, sino resultado de las obras practicadas por el que tanto se afana para servirles de ejemplo. El hombre no debe, por ningún concepto, abdicar de la razón y del libre examen, pero debe ser respetuoso y tolerante con el que trabaja para su mejoramiento, y no debe olvidar que nadie puede llegar a la infalibilidad, así es que si llega a notar deficiencias o distracción en el que dirige, nunca debe acudir a la murmuración, ni a la crítica, sino a la prudencia, para saber lo que ha de dispensarse y lo que ha de corregirse, y si llega el caso en que haya de adoptarse la exhortación o el aviso no debe olvidar que antes de verificarlo ha de acudir a los hermanos de mayor criterio, prudencia y caridad, en consulta de su opinión, y si resulta que la exhortación se impone, debe buscarse ocasión y maneras para obrar con el tacto y prudencia que el caso requiera, no olvidando los servicios y trabajos que tiene hechos el presidente o director.

El Centro que así obre, estoy seguro que el Espíritu de Verdad informará en sus sesiones el Espiritismo, y aquellos hermanos progresarán y se prepararán un buen porvenir.

A veces he oído algunos hermanos que han dicho: ¡Qué suerte el haber conocido el Espiritismo! Yo contesto: Verdaderamente, es una gran ventaja para emplear bien el tiempo en nuestra actual existencia; pero también el haber conocido el Espiritismo nos trae aparejados grandes deberes que cumplir. Nosotros no podemos vivir como el común de los demás hombres; nosotros hemos de combatir nuestros defectos, hemos de adquirir virtudes, hemos de vivir apercibidos, hemos de ser la luz y el

ejemplo, para que los hombres admiren al Padre y se conviertan y entren en la vía de depuración.

La luz, la calma, el consuelo y la seguridad del porvenir que nos da el conocer el Espiritismo, es la parte dulce y de bienestar que nos dan tales conocimientos; pero la corrección que hemos de hacer en nosotros mismos (porque nadie hay perfecto), el combatirnos defectos y separar superfluidades y perfeccionar la virtud y la humildad, esto nos lleva a una observación y a un trabajo constante, porque si nos extasiábamos en gozar de las ventajas que nos trae el Espiritismo, y olvidáramos la corrección y la adquisición de virtudes, ¡Qué sería de nosotros!

He prescrito reglas y maneras para los presidentes y directores de Centros espiritistas; pero yo mismo me digo: ¿Tú que tantos años te ha tocado exhortar y enseñar, has cumplido con estas reglas?

¿Has sido tolerante, amoroso, caritativo y humilde como debías ser? ¿Has estado oportuno, discreto y abnegado como aconsejas? Lo dudo; sin embargo yo no puedo afirmar ni negar en este caso; mis hermanos, los que tantos años me han observado, los que tantos años me han seguido, éstos son los que pueden juzgar; yo creo que no me habrán faltado deficiencias; sé que he tenido defectos; sé que casi nunca he estado a la altura de mi cargo; pero suplico a mis hermanos que me perdonen; suplico que en lo que hayan observado que no fuera bastante correcto que no me sigan; suplico más, suplico que me observen, y que lo que vean en mi que no sea bastante sano, correcto y caritativo, que si en mis palabras y en mis obras no hay la caridad, la humildad y la justicia que debe haber, que me exhorten, que me avisen; pero que lo hagan con caridad, que no olviden, en este caso, que yo les amo y que deseo ser amado por ellos, que me hablen como habla una madre a su hijo, que yo haré lo mismo, y si no les atiendo a la primera vez, que pudiera suceder, siendo tan ruin como soy, que no se cansen; harán una verdadera obra de caridad. ¿Puedo yo juzgarme a mí mismo? ¿Puedo creer que todo lo hago bien? Pues para convencerme necesito vuestro juicio, saber vuestra opinión, pero suplico que seáis amables y benévolos conmigo, como yo lo he sido con vosotros, que ésta es la verdadera caridad.

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Habré cumplido fielmente mi misión? ¿Habré sido para mis hermanos lo que debía ser? ¿Habré sido bastante agradecido a los beneficios que vos, Padre mío, me habéis hecho? Cuando recuerdo los días de mi incredulidad, cuando recuerdo aquellas noches pasadas entre el sufrimiento y la soledad, perdida toda esperanza, perdidos todos los seres queridos, y comparo los días de esperanza, rodeado de verdades y consuelos, dados por aquellos mismos que yo creía perdidos; cuando comparo los bienes inmensos, consoladores, encontrados por medio del Espiritismo, mi amor se eleva a vos, Padre mío, y comprendo que todos cuantos sacrificios y todos cuantos trabajos practicados en bien de mis

hermanos, son muy poca cosa al lado de los bienes que he recibido de Vos. Por eso con toda mi alma os pido perdón de mis deficiencias, de las faltas que, sin duda, habré cometido, de la falta de abnegación que habré tenido, de mi poca humildad y caridad con mis hermanos, y os pido luz, mucha luz, para que en el poco tiempo que me resta de estar sujeto a la tierra pueda reparar y corregirme lo que haya en mí de deficiencias, de imperfecciones, para que en mi insignificante misión pueda haberos demostrado mi agradecimiento y mi amor, y en los días aciagos que hayan de venir, haced, Padre mío, Bien mío, Grandeza mía, que recuerde el Gran ejemplo del Maestro divino, del Señor de los señores, del Puro, del Inmaculado Jesús.

¡Ah! ¡Qué dichoso seré si en los días de prueba se recordaros y amaros!; ¡qué dichoso seré si en los días de angustia os se mirar cuando coronado de espinas subíais la cuesta del calvario con la cruz; ¡qué dichoso seré, Señor mío, si en los actos de dolor se obrar como Vos, sufriendo sin dar pena a nadie y demostrando serenidad y calma, como Vos demostrasteis en vuestra crucifixión!. Dadme, Señor, la verdadera conciencia de la importancia que tiene, para mi progreso, el saber sufrir bien; dadme, Señor mío, amor de mi alma, la verdadera conciencia, el verdadero conocimiento de lo que significa el ejemplo que nos habéis legado para nuestro bien, para alivio de nuestras aflicciones; dadme la verdadera convicción de lo que puedo alcanzar si soy paciente, sufrido, abnegado, caritativo, no para alcanzar méritos, sino para llegar a la tranquilidad de mi espíritu, que desea lo que no hallo en la tierra, siento lo que no encuentro aquí; mi espíritu desea amor verdad, fraternidad verdad, indulgencia verdad, y comprendo que para hallar lo que anhela mi espíritu no lo puedo hallar en la tierra, sino en otras moradas; por eso, Señor de mi alma, os pido luz, amor, paciencia, virtud para que cuando llegue la hora de partir de la tierra pueda morar entre los que se aman, se toleran, se dispensan y siguen por el camino que Vos nos habéis trazado, camino que al fin nos llevará a las moradas de felicidad.

Hermanos todos los que dirigís y los que escucháis y aprendéis; los que tenéis la misión de exhortar y los que seguís según las instrucciones de los del espacio y de los de la tierra, amaos mucho, toleraos y corregíos con indulgencia; fijad todas vuestras esperanzas en la vida que ha de venir; sed abnegados y caritativos moral y materialmente hasta allá donde lleguen vuestras fuerzas, y no dudéis que, añadiendo a todo esto un gran respeto y admiración al Padre hasta a donde pueda llegar vuestra admiración, el Espíritu de Verdad tendrá su cátedra en vuestros Centros y os enseñará a seguir, prácticamente, al que Dios nos presentó como modelo, y que, según sus propias palabras, es el camino, la verdad y la vida; os enseñará a hacer de los Centros espiritistas un edén de felicidad, reinará la paz de los justos y sentiremos ya entre nosotros el preludio de la paz que ha de venir; nuestra

misión se deslizará tranquila en la tierra, comunicaremos nuestra paz y nuestra esperanza a muchos, y seremos la luz del mundo, inspirados y educados por el Espíritu de Verdad.

La tentación
Sus maneras de ser y modo de combatirlas

Así como es muy difícil encontrar en la tierra ningún ser que en su parte física goce siempre y en todas las ocasiones de una salud perfecta, lo es mucho más encontrar un ser verdaderamente equilibrado en su parte moral; nada hay perfecto en este mundo, y así como la atmósfera y la manera de ser en lo material tiene una relación muy distinta en la manera de ser de nuestro organismo y nos predispone a ciertas enfermedades, así los elementos espirituales que nos rodean indagan de tal modo nuestra manera de ser moral que aprovechan lo más insignificante para desarrollar en nosotros sufrimientos morales o malestar interior con el objeto de mortificarnos o detenernos en la vía del progreso, porque los elementos espirituales que constantemente nos rodean se infiltran y penetran en nosotros, como los elementos atmosféricos crean a nuestro alrededor microbios y otros bacilos que desarrollan enfermedades, cuando la manera de ser en nuestro físico no se opone a su desarrollo.

Así pues debemos estar prevenidos para ahuyentar las influencias espirituales tanto como los miasmas materiales, y así como por más precauciones que tomemos no podremos separar del todo las influencias del frío y del calor y otros cambios bruscos, así tampoco por más precauciones que tomemos no podremos separar del todo la tentación; lo que podremos hacer es no caer en lo que a ella nos induzca; y aquí debe estar nuestro método, en esto debemos poner toda nuestra atención y todo nuestro cuidado, aunque esto nos cueste sacrificio. Con los elementos atmosféricos, ¿qué hacemos? En invierno nos abrigamos y en verano nos desabrigamos y buscamos lugares frescos para que no sintamos tanto las molestias de los rigores del tiempo, y si de todos modos hemos de sufrir las molestias del tiempo, nos conformamos y no las damos importancia;

sufrimos resignados y procuramos resistir todo lo posible, y decimos esto es el frío o el calor, esto ya pasará, concluyendo por no hacer caso de ello; pues lo mismo debemos hacer con la tentación, porque es un mal inherente a todos; porque no hay ser encarnado que no sufra, porque casi diríamos es una condición precisa y casi me atrevería a afirmar necesaria a nuestro progreso.

Pero entiéndase que la tentación no tiene siempre y en todos los individuos el mismo carácter y las mismas formas; como los grados de virtudes y de defectos son múltiples, varios e infinitos, también son muchas las variedades de tentación. No siempre el espíritu que nos tienta se vale de incitar deseos y pensamientos malos en nuestro entendimiento sino que a veces penetra en nosotros, y desde dentro nuestra conciencia, nos hace sentir deseos que parece que son una necesidad satisfacerlos; que éstos lo mismo pueden pertenecer al orden físico, como la sensualidad y las distracciones, recreos, vicios, etc., etc., como deseos de venganza, de crítica, de amor desmedido, o de repugnancia hacia determinadas personas.

Hay seres de bastante rectitud y buenos deseos en quienes les es muy difícil al espíritu de tinieblas penetrar ni en su entendimiento, ni en su interior; pero muy a menudo sucede que estas personas muchas veces a la primera contrariedad sueltan palabras inconvenientes y dichas con tono áspero, o se excitan por poca cosa, y es que, aunque no sentían, ni en su entendimiento ni en su interior, influencia o malestar alguno, el espíritu de tinieblas tenía aquel ser preparado para darle embestida y hacerle caer, y lo lograría o lo ha logrado a la primera ocasión. Generalmente la tentación radica en el entendimiento, por eso se llama así; pero no es esta sólo lo que ejecuta el espíritu de tinieblas para hacernos caer.

Sucede, a veces, que el ser siente una tristeza y un malhumor, muchas veces sin motivo aparente, y si lo hay, es a veces tan insignificante que el mismo individuo se sorprende que motivo tan deleznable le produzca tanto malestar; este estado es más bien posesión que tentación; el espíritu que causa este estado, si no se le resiste mucho, puede hasta no solamente quitar la tranquilidad y poner al individuo en una situación comprometida, sino alterarle la salud. Ya explicaré, después, los medios para resistir a este estado. A veces la tentación o posesión reviste otra forma y es la de prendarse demasiado de otra persona, que, sin saber por que, se siente hacia ella un afecto injustificado; esta posesión la ejerce el espíritu de tinieblas para hacer cometer injusticias; esto lo mismo puede suceder entre y dentro de la familia, como al tratar personas extrañas; esta clase de posesión, como la anterior, a veces hace sufrir mucho y se necesita mucha fuerza de voluntad para contrarrestarla.

Aquí es cuando debemos recordar las palabras del Señor y Maestro: Velad y orad; es cuando debemos tener el pensamiento muy levantado y ejercer un grande espíritu de justicia, para no separarnos ni en nada ni para

nada de lo que sea justo, y si con esto no podemos separar la posesión, no debemos cansarnos de pedir y tener pensamientos elevados y oponer una paciencia y resignación a toda prueba, que con esto el ser encarnado adelanta mucho; estas penas ocultas que a veces por nada del mundo el ser comunicaría a nadie tienen gran mérito ante Dios y hacen muy fuerte al espíritu encarnado.

No debe olvidarse nunca que en la tierra no tendremos nunca paz completa, y si esta llegamos a sentirla alguna vez, durará poco; así pues, cuando seamos atormentados por estos estados, debemos ser fuertes, resistir y oponer una paciencia, serenidad y calma sin límites; al mismo tiempo no debernos olvidar que a pesar de la pena que en un momento dado nos puede ocasionar, en un momento dado desaparece y nos quedamos tan tranquilos como si nada hubiese sucedido; esta es la causa de estos cambios tan súbitos en la lucha que hay entre los espíritus que nos aman y los que nos aborrecen; por eso nunca debemos desconfiar de los seres del espacio que nos aman; al contrario, debemos confiar mucho en ellos y pedirles y suplicarles su protección cuando nos veamos apurados, que mucho hacen para nosotros si nos ponemos en condiciones para recibirlos o para recibir de ellos la influencia necesaria en nuestras necesidades.

La tentación de pensamiento no nos causa tanta pena como la posesión; esta debemos combatirla, extirpando pasiones, vicios y deseos ilícitos; esta tentación la conoce todo el mundo menos los que están dominados por la incredulidad, pero los que en algo creemos respecto a la vida venidera, todos la conocemos. En esta tentación, el espíritu de tinieblas empieza por hacer el pensamiento y el deseo ilícito, promover sensaciones y excitar deseos si se le presenta ocasión; en esta tentación se debe cerrar el pensamiento a toda idea que sea una infracción de la ley divina, y si a pesar de la resistencia el pensamiento continúa excitado, debemos colocarnos en el lugar de la víctima y reflexionar si nos agradaría a nosotros que nos robaran lo que es sagrado, y de gran estima para nosotros, y entonces colocarnos en el terreno de lo justo.

Parece que es por demás tratar estos asuntos entre espiritistas pero no es así. Cuando entramos en el Espiritismo no somos seres perfectos, muy al contrario, a veces tenemos grandes defectos que combatirnos; y mucho más cuando el espíritu de tinieblas, que es el que nos dominaba mientras permanecimos entregados sólo a las cosas del mundo, no quiere separarse de nosotros y se aferra a lo que él había dominado hasta entonces.

A veces sucede, y este fenómeno pasa a la mayoría de los que entran en el Espiritismo, que al momento de conocerlo sienten tan vivos deseos de ser el hombre o la mujer nueva, que tornan derroteros y echan de sí deseos ilícitos; forman grandes resoluciones de hacer vida nueva y lo consiguen; dura algún tiempo esta determinación y se limpian de todo; pero después de

algún tiempo, la impresión del principio va extinguiéndose y vuelven a sentir poco a poco los mismos deseos, y a veces el espíritu que dominaba antes vuelve a tomar posesión de su antigua morada y vuelven a caer en lo de antes; si entonces el espiritista no se escuda en la oración, en el amor, la caridad y un fuerte deseo de ser libre, son a veces peores las últimas cosas que las primeras: por eso hemos visto a muchos que han empezado y no continuado, y si mal estaban antes de empezar, después han estado peor. A los que más les sucede esto son a los que han estado muy aferrados a los intereses, o sea, al dinero; esta pasión es muy difícil de desterrar y la más costosa de corregir; de manera que al egoísta o interesado le es muy difícil, por no decir imposible, entrar en el Espiritismo y sostenerse en él.

Aquí se puede aplicar la frase de gran trascendencia de Allan Kardec: "Sin caridad no hay salvación posible"; de manera que el espíritu que está aferrado y ama mucho los intereses materiales, casi se le puede decir que, mientras dure este estado, es inepto para comprender y entrar en el Espiritismo; he aquí la valla que retiene a la humanidad.

El amor al dinero es señal evidente de falta de caridad y de amor al prójimo, y el que se encuentra en este estado no realizará grandes progresos en su alma. El ser encarnado debe buscar la manera de subvenir a sus necesidades de una manera justa y honrosa; pero cuando estas están cubiertas no debe tener ambición ni entusiastas anhelos para los demás, y, mayormente, si es espiritista; todo cuanto pueda adquirir de más debe procurar que los medios sean completamente lícitos, y, de lo que atesore, debe procurar que participen en una gran parte los desgraciados; sólo así se le permitirá tener algo sobrante, sin caer en responsabilidad; de lo contrario, si no cuenta en sus ganancias a los pobres, éstas, aunque parezcan lícitas ante el mundo, son una usurpación ante Dios; y el que tal hace, si es espiritista, no progresa, sino que retrocede: "Sin caridad no hay salvación posible", y que no les duelan prendas a los que están en condiciones de adquirir dinero.

El espiritista debe pensar que su felicidad no está en la tierra, sino en el espacio; así, pues, debe hacer todo lo posible para enriquecer a su espíritu de virtudes y de obras buenas, y para esto no debe olvidar que uno de los enemigos más grandes que puede mantener en él es el amor al dinero, mejor dicho, el egoísmo, que es el peor y más fatal enemigo que puede morar en él. Ya he dicho cómo se combate esta pasión y la tentación que puede traer, y es haciendo partícipes de una gran parte de nuestros ahorros a los desgraciados; esto hará que nuestras iniciativas y nuestros trabajos redunden en bien de los que sufren; el que tal haga tendrá la satisfacción de poseer algo para su bienestar terrenal y luego progresará su espíritu, porque con su iniciativa y su trabajo, además de proporcionarse lo necesario, hará mucho bien. De manera que cuando realice un buen negocio haga un trabajo que le valga mucho, ya ha de destinar al momento

una cantidad proporcionada a las ganancias o a la cantidad adquirida a remediar los males o necesidades de los que sufren, y esto sin escuchar pensamientos egoístas, ni de conveniencia personal, sino tomar y ejecutar determinación rápida y realizarla; de lo contrario el espíritu de tinieblas acude y desbarata los buenos deseos y todo lo hace inútil.

En cuanto a la tentación posesiva, que es cuando el espíritu radica su influencia más bien en la conciencia que en el entendimiento, hay una manera de conocerla, y combatirla, y es oponer en estado de conciencia un deseo de justicia muy recta; por ejemplo; ¿es una repugnancia a una persona o personas determinadas? Aquí debe oponerse un espíritu de caridad a toda prueba; si es un amor desmedido debe combatirse con un espíritu recto de justicia; por ejemplo: ¿es justo que por esta persona sientas lo que te pasa? Si no es justo, se puede estar seguro que aquella impresión es sostenida por algún enemigo del espacio, mayormente si aquel deseo o amor desmedido puede dar lugar a hacer sentir los deseos de alguna pasión, o si bien las atenciones que se sienten por aquella persona pueden dar lugar a alterar la armonía, ya dentro de la familia, o dentro de nuestras relaciones íntimas.

Ya he dicho que la tentación tiene muchas maneras de emplearse entre los encarnados; pero si el espíritu se escuda con un verdadero espíritu de justicia, descubrirá en seguida la causa y podrá combatirla; y si con el querer solo no se logra separar influencias que perjudiquen a la moral y al cumplimiento del deber, entonces debe acudirse a la oración, evocar con entusiasmo y fe a nuestro guía espiritual y a influencias de espíritus elevados, que ellos acudirán con gusto a nuestro llamamiento y se verán satisfechos en sus deseos, que siempre son de que sus hermanos de la tierra progresen y se eleven; así pues, por afligida que sea nuestra situación, nunca debemos desconfiar de los socorros de arriba, y mucho más si éstos se piden. En estos casos es cuando están mejor aplicadas las palabras del Señor: «Pedid y se os dará; llamad y se os abrirá; velad y orad»; y al mismo tiempo, mientras se sufre, se debe poner una resignación a toda prueba y una paciencia inalterable, que es lo que más cansa al espíritu tentador; de manera que si en los estados de nuestro ánimo y en las tentaciones de nuestra mente oponemos siempre un espíritu de recta justicia y una resignación y paciencia a toda prueba opondremos una valla al espíritu de tinieblas que nunca podrá inducirnos al error y no nos podrá causar un trastorno ni retroceso ninguno; al contrario, obrando de esta manera, todas las molestias que el espíritu de tinieblas nos podrá causar *tendrán un resultado contraproducente a lo que el tal espíritu se proponga*, y es que con los sufrimientos de la tentación, sufridos y combatidos con espíritu de recta justicia, con paciencia y resignación, el ser encarnado progresa y da pruebas al Padre que por amor al cumplimiento de la ley sufre, se resigna y

espera, suprema manera de obrar de los espíritus que han vivido, viven y vivirán en la tierra.

Con esta manera de obrar, el espíritu encarnado en la tierra no se evitará todas las molestias y sufrimientos que nos pueden causar los espíritus atrasados que pululan a nuestro alrededor, pero triunfará de todas sus acometidas, y los sufrimientos que le causen le servirán para progresar mucho.

Si obramos de la manera que dejo dicha, podremos repetir las palabras de un gran escritor antiguo; *Cuando se resiste la tentación, es la Hormiga del León; más cuando el ser se entrega a ella, es el León de la Hormiga, pues sigamos siendo siempre el León y la tentación la Hormiga, y así no tendremos que temerla*, sino al contrario, seremos dueños de nosotros mismos, pensando, sintiendo y queriendo o deseando únicamente lo que el deber nos imponga; así nos evitaremos muchas angustias en la vida y nos prepararemos para morar más tarde en el reino de Dios.

Sin embargo, no debemos olvidar nunca, mientras nos toque estar en la tierra, que hemos de ser contrariados; en todo la humanidad está muy atrasada y apenas se encuentra una persona que sepa cumplir con todos sus deberes, y como es indispensable vivir en relación con muchas, ya sean de familia, ya sean en nuestras relaciones de amistad, no nos han de faltar nunca contrariedades: por eso mientras estemos en la tierra es necesario vivir alerta, escudarse con un amor, una admiración y adoración al Padre sin límites, y poner toda nuestra esperanza en la grandiosidad de su obra, que es la casa en donde hemos de vivir eternamente; es necesario seguir la ley divina proclamada por el Señor y Maestro; es necesario ponerla en práctica y es necesario tener gran amor y fe en la palabra del Señor, y si algún día las angustias de la vida nos persiguen, no olvidemos sus palabras: “Bienaventurados los que sufren que de ellos será el reino de Dios”; procuremos que la confianza en sus promesas nos de valor y fuerza para soportarlo todo, pensando que la existencia terrenal no es más que un soplo, un período cortísimo de nuestra existencia universal y que por cada día y cada noche que pasamos de sufrimiento en esta tierra, si sabemos conformarnos y sabemos imitar a los mártires y a los justos, tendremos mil años de reposo y de felicidad.

Ánimo, hermanos míos; los que sufrís, dejad que el cuerpo se haga pedazos o sucumba por el dolor; mantened el espíritu fuerte en la práctica de la sumisión y del valor; permaneced enamorados de Dios, del gran Señor, y del cumplimiento de su ley; no olvidéis que la recompensa superará a todos vuestros deseos y vuestras esperanzas.

Por último, aconsejo que el hermano que se encuentre agobiado por la tentación busque a otro hermano que considere digno y de confianza y le abra su corazón, se lo explique todo y le pida su ayuda; pero considero que las personas que sean consultadas, llamadas en auxilio de estas almas

enfermas, que bien pueden ser los presidentes de reuniones y Centros, deben ser calladas como una tumba, prudentes, misericordiosos, caritativos, dulces en el hablar y proceder, capaces de toda abnegación y con un entero amor al Padre y con una sumisión al Señor y Maestro y a su Ley, a toda prueba; debe considerar, el que sea consultado, que ejerce el deber de un guía espiritual, que puede hacer un gran bien al ser que le consulta, si sabe dirigirle con rectitud, mansedumbre y caridad. Es muy necesario que haya entre los espiritistas, hermanos de experiencia en la práctica de la virtud, de la caridad, del amor al prójimo y de la adoración al Padre y veneración al Señor, para que estos hermanos tengan suficiente luz para, en caso de necesidad, poder ayudar a sus hermanos y darles la mano en el intrincado sendero de la vida. Bienaventurado el que se esfuerza para llegar a tal estado, que éste ya no verá tinieblas y merecerá la confianza de los de arriba y de los de la tierra. Así es cómo después de esta morada terrestre, se llega a penetrar en el reino de Dios.

Los espiritistas tenemos un tesoro en nuestras manos

Sí, un tesoro; y tan difícil de apreciar en su justo valor que la imaginación más clara y de más inteligencia no podrá apreciarlo más que en su principio. Los reyes de la tierra dan a sus hijos el nombre de príncipes y los príncipes dan a sus hijos los títulos de duques, condes, etc., y es por las grandes riquezas y títulos nobiliarios que poseen; más todos los reyes y príncipes, duques y condes juntos no poseen ni las riquezas ni los títulos que tiene nuestro Padre Dios, y las riquezas juntas de toda la burocracia del mundo nada son en comparación de las riquezas que tiene nuestro Padre, todas creadas para nosotros, sus hijos, que nos las dará en propiedad y las disfrutaremos eternamente. Los reyes visten a sus príncipes de oro y pedrería, pero nuestro Padre nos vestirá de luz inmortal. Los reyes dan a sus príncipes medios de locomoción para viajar con recreo y comodidad por sus reinos, y el Padre nos dará alas y medios de transportarnos con la rapidez del pensamiento, sin encontrar obstáculos. Los reyes procuran, para sus príncipes, darles todos los medios de felicidad, pero no les pueden evitar ni las enfermedades ni incomodidades que irremisiblemente lleva la materia; más nuestro Padre nos dará un estado en que no habrá ni enfermedades ni molestias. Los reyes no pueden evitar ni el cansancio, ni el sueño, ni el frío, ni el calor a sus hijos, y nuestro Padre nos dará un estado en que no tendremos que dormir, ni nos cansaremos, ni sentiremos nunca frío ni calor.

¡Ah, hermanos míos! ¡cuán grande es lo que nos aguarda! pero eso si el Padre, por medio de la ley, nos exige que seamos cumplidores de la misma, y no por capricho, sino por acto de justicia y necesidad, porque sin la ley no habría orden, sin orden no habría armonía, y sin orden y armonía no habrá felicidad; así pues, para que seamos todos felices hemos de ajustarnos a la ley, a la armonía, al orden; de este modo, allá en donde estemos, llevaremos orden, armonía y, los que vivirán con nosotros,

llevarán armonía y orden, y todos cumpliremos la ley, y así todos seremos felices.

Pero para hacer todo esto hemos de comprender la ley que lleva en si respeto a lo grande, a lo sublime, a lo justo; lleva virtud, caridad, amor, justicia, abnegación, y como esta ley divina y universal está demostrada y explicada por el Espiritismo, por eso digo: Los espiritistas tenemos un tesoro en nuestras manos; y digo esto porque no todos los seres encarnados están en disposición de comprender el Espiritismo y menos de practicarlo; el ser no puede comprender la verdad hasta que se ha despojado de muchos errores, hasta que su bondad y su amor ha llegado a cierto estado; así pues, los espiritistas, sin podernos denominar buenos, estamos sobre el nivel de la generalidad, y ¿para llegar a este estado podemos nosotros calcular cuál será el número de existencias que habremos tenido que pasar para llegar al nivel en que nos encontramos? No, mil veces no; primero nos dominó el instinto, después las pasiones, luego los defectos, y en medio de grandes luchas hemos llegado a merecer que se nos contara en el gran apostolado de la época, llamado Espiritismo.

Pero hemos de tener en cuenta que del instinto, las pasiones, los vicios y los defectos, nos han quedado aún resabios, y aquí está nuestro tesoro si sabemos arrancarlos de raíz, sin cuyo trabajo, que es de gigante, no podremos poseer este tesoro hasta que nos hayamos hecho dignos de poseerlo; así pues, los espiritistas hemos llegado a entrar en el camino que conduce a la realización de todos los progresos, de que tiene necesidad el espíritu para heredar la felicidad eterna, porque este camino, que es el Espiritismo, ahorra todas las dudas, desvanece todos los errores, ilumina la inteligencia, da valor al espíritu para luchar contra toda preocupación; de manera que, si el espiritista no es indolente, puede realizar todo cuanto desee para su bien; por eso os digo que los espiritistas tenemos un tesoro en nuestras manos.

Por eso os he dicho que es trabajo de gigante el realizar la extinción completa de los resabios que nos han quedado del instinto, pasión, vicios, defectos, etcétera, y por eso entiendo que todo espiritista debe estudiarse a sí mismo y llegar a conocerse, conocimiento que a veces es poco difícil, mayormente si el instinto de orgullo y vanidad aún tiene resabios entre nosotros; pero pidiendo y estudiando se llega al conocimiento de sí mismo. El espiritista debe observar si se ofende por cualquier contrariedad o palabra que le mortifique; si se ofende o se resiente por poca cosa, no debe titubear en creer que el amor propio desmedido, sinónimo de vanidad, aún tiene sus raíces en el espíritu, y debe dirigir toda atención a poner en claro esta tendencia o instinto pasado; y debe procurar buscar maneras para sufrir humillaciones sin que estas lastimen su carácter, y no debe dejar esta práctica hasta que sufra los desprecios y desengaños sin que su espíritu deje la serenidad y calma, porque muchos de los desprecios, desengaños y

juicios gratuitos hechos sobre nosotros, que a veces tanto nos dañan, hieren más nuestro amor propio resentido de los sufrimientos que nos dan que el daño que nos causan; cuando es así, no debemos titubear en creer que si nuestro amor propio fuera menos, sufriríamos aquello sin gran resentimiento; no diré que no hayan desengaños en la vida que hieren al más humilde, mas entonces debe entrar la resignación y el devolver bien por mal, y la seguridad que nos da el Espiritismo de que esta clase de sufrimientos son un gran progreso para el espíritu ofendido, y si se saben sufrir nos darán valor.

Si el espiritista siente en si alguna pasión o vicio que puede hacerle caer, debe ser valiente, y aún que le cueste la misma vida debe cortarlo de raíz, porque vale muchísimo más sufrir por desterrar un vicio y adquirir una virtud, que no sufrir quizá mucho más dando rienda suelta a la pasión; aquí está el trabajo de gigante del espíritu, porque cuando el espiritista quiere huir del todo de los resabios pasados, es cuando el espíritu del mal, que va a perder todo dominio sobre aquel espíritu, resiste y pone toda clase de obstáculos para no perder la presa, se vale de todos los medios, hasta de los sueños, a fin de preparar la emboscada para hacerle caer de nuevo; pero el espiritista que quiere emanciparse debe resistir y debe decir dentro de sí mismo: Todo por Dios y por la práctica de su ley; vale más sufrir que sucumbir; primero la muerte de mi cuerpo, que la turbación y el atraso de mi espíritu; con tales determinaciones el espíritu tentador es rechazado, pierde su influencia y el espíritu recobra su libertad y triunfa.

En cuanto a pequeños defectos y luchas de vida, que éstos todos los tenemos y todos los hemos de sufrir, en esto vale mucho una práctica constante de virtud, abnegación y caridad. El espiritista no debe ser ni impertinente, ni de mal genio, ni precipitado, ni murmurador, sino paciente, dispensador de faltas, amable hasta lo posible, servicial, y debe procurar el bien de sus inferiores, ya en familia, ya en posición social; debe ponerse una aureola de buena influencia y de confianza; debe ser consolador riel que sufre hasta allá donde lleguen sus fuerzas: así es como se consigue realizar y alcanzar este gran tesoro que tenemos en nuestras manos.

Pero para conseguir esta vida ascendente de perfección no debemos olvidar que necesitamos de la protección de los grandes espíritus, que no debemos nunca desconfiar de ellos, siempre y cuando nos pongamos en disposición de que puedan influir sobre nosotros, porque a medida que adelantamos en ese camino, llamamos de una manera poderosa la atención de buenos espíritus, que nos aman y que se interesan mucho por nuestro progreso y para que alcancemos nuestra felicidad; por lo tanto, podemos contar con su influencia, con su amor, y si son tan grandes nuestros propósitos y los ponemos en práctica, entonces se posesionarán de nosotros de tal modo que nos harán objeto de sus deseos y de su voluntad, y por mediación nuestra harán un bien a la humanidad.

No lo dudéis, hermanos míos; a los espiritistas no nos falta más que voluntad y buenos deseos, que cuando esto se posea en alto grado, el espiritista realizará maravillas y hará prodigios. Encontraréis en el Espiritismo seres que antes de ser espiritistas nadie les conocía y hoy tienen un nombre universal, y aunque la humanidad de hoy no hace caso ni de sus periódicos, ni de los libros escritos por ellos, vendrán días en que la humanidad menos incrédula y más sensata y adelantada que la de hoy, buscará sus escritos y los transmitirá a la práctica, y es porque estos hombres y estas mujeres son la vanguardia del progreso, porque por sus trabajos y deseos del bien están inspirados por el espíritu de la verdad, el cual les inspira la moral y la ciencia del porvenir.

Hermanos míos, mucho podéis hacer si tenéis voluntad; no debéis olvidar que los que habéis sido contados en este apostolado que se llama Espiritismo, sois seres distinguidos por los de arriba, y los que sois jóvenes, los que en la edad del bullicio, de las caídas, de las distracciones y de los placeres del mundo, os dedicáis a la propaganda y a la práctica de ley tan sublime como es el Espiritismo, llegaréis muy lejos si perseveráis y sois constantes. Vosotros sois una esperanza para los viejos espiritistas, y elementos de gran valía para los espíritus que trabajan en bien de la humanidad; vosotros seréis los maestros espiritistas del porvenir; seguid constantes en la tarea empezada, sed fuertes, sed prácticos en las enseñanzas espiritistas, sed buenos discípulos, obedientes, respetuosos, que si sois buenos discípulos en vuestra primera época de espiritistas, en vuestra segunda seréis buenos maestros.

Es verdad que en el Espiritismo, humanamente hablando, no hay categorías, pero espiritualmente sí; éstas son muy reconocidas desde el mundo de los espíritus, y desgraciados de aquellos que no saben respetarlas, que poco adelantarán en la existencia terrenal, por más que intenten levantarse, nunca lo lograrán; harán como los tratantes de géneros, que quieren hacer negocio y no conocen las clases; que por mucho que se esfuercen, nunca hacen negocio, porque toman la clase primera por la última y la última por la primera, quedan engañados, hacen malos negocios y se pierden; así pues, si queréis ser buenos maestros en el porvenir, sed buenos discípulos ahora hasta que la Providencia os llame a desempeñar más alta misión.

Mucha falta hace que haya en el Espiritismo personas muy entendidas y virtuosas para dirigir una luz tan radiante como es el Espiritismo, y estas personas son muy buscadas y atendidas por los grandes espíritus; así pues, cuando venga vuestra hora de ascender, ya seréis llamados de una manera poderosa; pero vosotros, jóvenes de hoy, podríais preguntarme: ¿Y cómo podremos conocer esta hora? Cuando la providencia hace o quiere que se realice un hecho, nada ni nadie lo puede evitar; por lo tanto, cuando uno de vosotros sea llamado a ser maestro, los

hechos se realizarán de tal manera que no podréis evitarlo vosotros mismos, a no ser que cortarais el hilo de vuestra existencia o quisierais precipitaros en un abismo faltando a todos los deberes, y estos hechos no se realizarán en vuestro pensamiento y en vuestra voluntad, sino en hechos que quizás desbaratarán todos vuestros planes, y contra vuestra voluntad os encontraréis envueltos en una situación que quizá vosotros la consideraréis anormal o aflictiva, pero que de ninguna manera podréis evitar.

Yo de mí os diré que aún que muy poca cosa he sido en Espiritismo, cuando la Providencia me quiso traer al insignificante puesto que hace treinta y dos años ocupo, primero me quitó la salud, la alegría, y cuando ya me consideraba verdaderamente perdido y desgraciado, entonces me presentaron el Espiritismo delante y no pude excusarme de verle y practicarlo, porque entonces fue mi única salvación, y cuando estuve algo instruido para dirigir y encauzar en aquellos tiempos la propaganda del Espiritismo en Tarrasa, falleció repentinamente Joaquín Rovira Fradera, antiguo e ilustrado espiritista, y entonces no pude evitar que la presidencia del Centro “Fraternidad Humana” viniera sobre mí, lo que nunca lo he sido de derecho, sino de hecho, y digo esto porque siempre que ha sido necesario presentarse como a tal, he suplicado a alguno de los hermanos, por cierto muy digno, que se presentara como a presidente; en cuanto a la propaganda, siempre he ocupado mi puesto.

Pues cuando veáis señales y acontecimientos extraordinarios que no podáis evitar, aunque éstos os contraríen y os perjudiquen, y veáis delante que os llama el Espiritismo a su servicio, aceptadlo con gusto, no miréis atrás, ni lo que os perjudica, porque a veces al principio de desempeñar tan útil misión, viene ya la cruz encima, porque cruz ha de llevar el que tiene la misión de enseñar y conducir a sus hermanos, porque ya sabemos cuál es la condición humana: sacrificar al que nos hace un bien, y si bien los espiritistas hemos adelantado algo más que la generalidad, ya tengo dicho que nos han quedado aún resabios del pasado y que tendremos que luchar aún; pero cuando seáis llamados los jóvenes de hoy a desempeñar cargos de pequeños mentores, acordaos que aquella será obra de abnegación, de sacrificio y de humildad, y que vosotros habréis de poseer en grado sumo estas virtudes; nada de ofenderos nunca por lo que os puedan hacer; vuestra paciencia habrá de ser a toda prueba, y la única práctica posible es el devolver bien por mal; ¿qué importan todos los sacrificios hechos aunque os paguen mal y os calumnien y digan todo mal de vosotros?

Hay un gran Maestro que es el guía de todos los que enseñan su ley y la practican; a este ejemplo deberéis dirigir toda vuestra voluntad, y si lo seguís, El se encargará de defenderos, y aquellas angustias que os harán sufrir los que aún no son prácticos en la gratitud, os llevarán la felicidad futura; no os aflijáis nunca por las angustias que os pueden causar, bendecidlos; yo bendigo la lengua que durante el ejercicio de mi cargo ha

querido herirme; yo bendigo todas cuantas pruebas durante el transcurso de tantos años me hayan hecho pasar; benditas mil veces, que de éstas, si es que he sufrido alguna sin haber dado motivo, no perderé la recompensa; estos sufrimientos son grandemente recompensados en el reino de Dios. Todo el tiempo que se pasa en la tierra que no sirve para el adelanto de nuestro espíritu, es tiempo perdido.

Ánimo, pues, juventud espiritista; aprended mucho en el camino de la virtud y de los conocimientos y prácticas espiritistas, que se necesitan muchos maestros para el porvenir; aprended de los maestros que tenéis, y así ese tesoro que tenéis en vuestras manos, que se llama Espiritismo, os vestirá de gala eternamente en el reino de Dios.

Por fin, yo, el más insignificante, el menos apto y el que menos autorizado está, me atrevo a daros un consejo: Todo cuanto tenéis, sois y poseéis, lo debéis a Dios, Padre, Infalible, Universal, Autor de todo lo creado; pues portaos como buenos hijos; acordaos que cuando erais pequeños os dio los encantos de la selva virgen; cuando ya un poco más iniciados en los conocimientos humanos, os puso en sociedad para que desarrollarais las afecciones de vuestra alma, y en ella encontrasteis amigos, esposa e hijos, y hoy que ya sois aptos para conocer un principio de la verdad, os ha llamado a este apostolado que se llama Espiritismo; amadle, pues, amadle más que a vosotros mismos, más que a vuestras esposas y a vuestros hijos; adoradle en la creación, ya que tantas grandezas os tiene creadas, para que cuando las hayáis alcanzado, sean vuestra paz y vuestra dicha eterna; el Padre está en todas partes, sabe lo que pensáis, os ve y os ama. Sed constantes admiradores de El y adoradle muchas veces al día, que El os oye y sabe lo que pensáis, lo que pedís y lo que deseáis, y así como tanto os dio cuando no lo pedíais, ni teníais ni fe ni esperanza en El, hoy, que le amáis y le pedís, os dará todo cuanto le pidáis, si es justo y os conviene.

Acordaos que el mayor de los hermanos, el digno sublime Maestro, el Señor de los señores, antes que vosotros lo conocierais, antes que hubierais fijado vuestra atención, cuando todos estábamos sumidos en las veleidades y caprichos, El dejaba las moradas de luz, se apartaba de la dicha y descendía para sufrir la barbaridad humana; mientras nosotros estábamos entregados al libertinaje humano, El sufría cruentos martirios sin exhalar una queja, sin decir una palabra, sino dando ejemplo de caridad, de indulgencia, de perdón, de amor y de sacrificio, cuyas prácticas y hechos no llamaron nuestra atención en aquella época, pero hoy ha de ser el ejemplo en donde debemos tener fija nuestra mirada y nuestra atención, porque es el único camino que nos conducirá al logro de nuestra felicidad; pues cuando lleguéis a ser pequeños maestros, tomad el Gran Señor por Maestro, seguidle y amadle mucho, porque sin la abnegación y el sacrificio no podréis entrar en el reino de Dios, y cuando vengan las horas de grandes

pruebas, si lo tomáis por Maestro no quedaréis descontentos de su protección.

El vino mucho antes para preparar a los que habían de hacer el sacrificio; vino antes para que cuando llegara la hora de subir cada uno de nosotros la cuesta de nuestro calvario, lo viéramos delante con su cruz, con su corona de espinas, con sus carnes flageladas, y se quedó después para guiarnos en el camino; no lo dudéis, jóvenes espiritistas, el Señor está sobre el apostolado espiritista y se vale de todos aquellos que aman y con justicia practican la ley. ¡Ah Señor! ¡Cuándo os conocerán los hombres! ¡Cuándo recordarán que el que dio su vida para enseñarnos el camino no nos puede abandonar! ¡Cuándo comprenderán que vuestra humildad y amor son superiores a vuestra grandeza! ¡Cuándo comprenderán que, a medida que avanzan los espíritus, más se acercan a Vos y que cada espíritu que alcanza la felicidad eterna es un lauro para Vos, que sois el que nos habéis señalado y enseñado el camino! ¡Gracias os doy, Señor mío, porque me habéis dado a comprender cuánto nos amáis! ¡Gracias, Maestro y bien mío, que, compadecido de mi pequeñez, me habéis alentado! Mi vida os pertenece, porque nunca podré pagaros tanta solicitud, tanto amor y el bien que me habéis hecho; vuestra humildad no tiene límites, y al que os ama y se esfuerza en practicar la ley no le dejáis desalentado; lo mismo entráis en la cabaña del labriego que en el palacio del potentado; Vos, Gran Señor, no hacéis diferencias de personas, sino de virtudes; allí donde tiene su morada el amor, la virtud y la caridad, allí es morada vuestra, allí acudís y dais aliento, valor, esperanza y paz al espíritu. Confiemos en El, juventud espiritista, y no desmayemos en el camino. Adoremos al Padre por su grandeza, amemos al Señor por su gran amor.

Conclusión

No se si habré sido fiel intérprete de la voluntad de los buenos espíritus; si es así, este pequeño trabajo que publicarán los hermanos Carbonell y Esteva, verán lo que puede ser aprovechable, que sin duda es obra de los espíritus, que prescindiendo de mi insuficiencia, que es muy notoria, me han inspirado para dar algunos consejos a los espiritistas; pero si no he sido fiel, si he sido mal intérprete de los hermanos que viven en la vida libre del espacio, los editores citados ya echarán este trabajo al cesto de papeles viejos, por ser trabajo inútil. Si así fuera, sólo suplico que si en este trabajo hay algún pensamiento bueno, se aproveche por ser obra de los seres de ultratumba, a quienes debemos estar agradecidos, y ellos no tienen la culpa si yo soy mal intérprete e ignorante a la vez.

Ahora sólo me resta dar gracias a Dios de todo, por su grandeza y por su amor. ¡Oh Padre mío, amor mío, dueño mío! yo os amo y os pido vuestra protección para poder cumplir vuestra ley; iluminad mi razón, fortificad mi ánimo y dadme un amor tan grande para Vos que no os olvide ni de noche ni de día, y que tanto en la oscuridad como en la calma y en las horas de paz, pueda llevar vuestro amor en lo más íntimo de mi alma, para que vuestra influencia sea tan grande en mi que no deje penetrar ninguna de las influencias del mundo y de fuera de él que pudieran turbar mi espíritu. Y a Vos, Señor mío, Dios mío, amor mío, dadme tanto respeto y veneración como yo deseo sentiros, para que en todos los actos de mi vida reine en mí vuestra ley, vuestro amor y vuestra influencia, para que el recuerdo de vuestra grandeza y de vuestra abnegación no se aparte nunca de mí; y a mi guía espiritual, mi agradecimiento más entusiasta por las muchas veces que me ha inspirado y por la indulgencia que ha tenido conmigo, ya que no siempre seguí sus consejos e indicaciones, de lo que

hace años estoy arrepentido y hecho promesa solemne de no apartarme en lo más mínimo de sus mandatos y de su voluntad. Preferiría antes dejar de ser, o que acabara mi existencia material.

Videncia

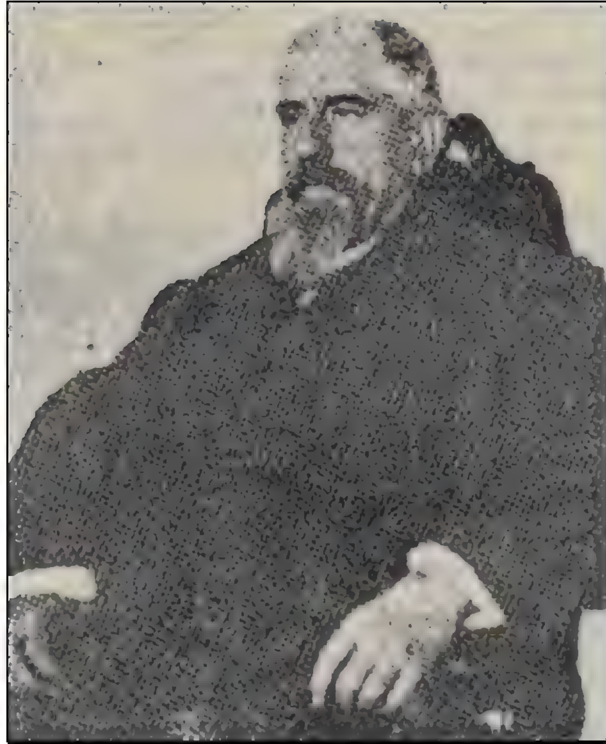
Estando la médium en oración, vio a Teresa de Ávila muy hermosa, la cual le dijo:

«*Según las virtudes que practicáis en vuestra vida terrestre, ocupáis un estado más feliz o más desgraciado en el espacio. El ser que en la tierra ha sido virtuoso, caritativo, sufrido, resignado y amoroso, cuando desaparece de la tierra es semejante al viajero que emprende un viaje en un día de primavera, que a medida que avanza en su camino, el sol sube majestuoso en el espacio y su viaje está lleno de luz y de hermosura; pues el espíritu que obra bien al desaparecer de la tierra, va abriendo sus facultades a la luz, y cuando despierta lo encuentra todo alumbrado, comprende en donde se halla y sabe que es feliz.*

Pero el espíritu que en la tierra ha sido egoísta y avaro, que todo lo ha esperado de vuestro mundo, que no ha sido ni misericordioso, ni caritativo, ni virtuoso, este espíritu entra en el mundo espiritual cuando el Sol está en su ocaso; a medida que va despertando, las tinieblas van aumentando y cuando está completamente despierto todo lo ve tenebroso y terrible; quiere saber donde está, pero no le es posible averiguarlo; va de una parte a otra y no encuentra más que tinieblas, desierto y espanto; en el espacio todo es lúgubre y entonces empieza la desesperación.

Habitantes de la tierra: apresuraos a atraer la luz sobre vosotros con buenas obras, cambiad de vida los que practicáis el mal, o sino vuestra última hora será terrible y vuestro despertar horroroso».

Biografía de Miguel Vives



Infancia y juventud

Miguel Vives nació en Barcelona en el año 1842. Los primeros años de su vida estuvieron marcados por el dolor de ver morir a sus seres más queridos. Cuando contaba sólo dos años, quedó huérfano de madre, a los cinco lo llevaron a Sabadell; a los once murió su padre, por lo que quedó al cuidado de su hermano Augusto.

A los catorce años empezó Miguel a cultivar la música con gran aprovechamiento, reunió muchos niños, formó con ellos sociedades corales y escribió piezas musicales que llamaron vivamente la atención por la corta edad del autor.

Personas influyentes de aquella época, entre ellas D. Pascual, se interesaron mucho por el joven músico y quisieron llevarle al Monasterio de Montserrat para que formase parte de su notable Escolanía.

Contrajo matrimonio en 1868, a los 26 años. Este feliz acontecimiento vendría a ser el desencadenante de la mayor crisis que sufrió, ya que de nuevo se vería privado de su amada. En plena luna de miel desencarnó de forma repentina la mujer que había elegido como compañera de su vida; este suceso llevó a Miguel a una gran depresión, cuya consecuencia fue una grave enfermedad que le mantuvo en la más absoluta inactividad durante cinco años. No sólo su salud psíquica se alteró, sino también la física, resultando que en los mejores y más vigorosos años de su juventud, se encontró postrado con un organismo débil y enfermizo. Él mismo nos describe en su libro aquella etapa de su vida, haciendo referencia a la causa que le dio fuerzas para salir de aquella deplorable situación:

"¡Dios mío! ¿Qué era yo, antes de ser espírita? Una criatura ignorada y completamente incapaz. Tanto es así, que me encontraba perdido en la más crítica y miserable situación en que un hombre puede encontrarse, en los más hermosos días de su juventud. Perdiera la salud, los amigos se habían alejado de mí, no tenía fuerzas para trabajar, estuve cinco años sin salir de casa. Mi estado era tal que si no fuese por la protección de los padres de mi primera esposa, a los cuales nunca seré suficientemente grato, hubiera tenido que recogerme en un hospital. Cinco años ya habían transcurrido, en que esta situación perduraba, cuando mis cuñados se mudaran de Sabadell, donde yo había vivido desde niño, a Tarrasa. Y, más por misericordia, que por cualquier otro motivo, me llevaron con ellos, para ver si mi salud mudaba."

"Estábamos en el año 71 del siglo pasado. Después de seis meses de permanencia en Tarrasa, volví un día a Sabadell, y mi hermano carnal me habló de Espiritismo. Al principio, el asunto me pareció muy extraño. Pero como me hablaba de manera grave, y yo conocía su seriedad y rectitud en todas las cuestiones de su vida, comprendí que había algo de verdadero en lo que me decía. Le pedí algunas explicaciones, y él, por única respuesta, me entregó las obras de Allan Kardec. Leer las primeras páginas y comprender que aquello era grande, sublime, inmenso fue cuestión de un momento. ¡Dios mío! - Exclamé - , ¿qué es lo que sucede?"

"Entonces, yo, que ya había renunciado a todo, ahora percibía que, ¡todo es vida, que todo es progreso, y que todo es infinito! Caí postrado y admirado delante de tanta grandeza, y tomé la decisión de ser espírita de verdad, estudiar el Espiritismo y emplear todas mis fuerzas en la propagación de una doctrina que me había restituido la vida y me había enseñado, de manera tan clara, la grandeza de Dios."

Conociendo el Espiritismo

Al estudiar la filosofía del Espiritismo en las obras de Allan Kardec, Miguel encuentra la razón de sus sufrimientos y de los dolores de la Humanidad. La doctrina de la reencarnación y de la ley de causa y efecto penetra en su mente y en su corazón, restituyéndole la fe y la esperanza perdidas; la vida se le presenta no como una cadena de injustos acontecimientos, sino como un camino de progreso permanente donde cada uno recoge el fruto de sus acciones pasadas y donde nunca hay fin ni última oportunidad. Nada muere, sólo el cuerpo llegado su momento se disgrega, pero el alma, el espíritu permanece, vive por encima de la materia y vuelve a encarnar para seguir su aprendizaje, su infinita evolución.

Dios es misericordia, sus leyes justas; la verdad no es inescrutable más que para los que se obstinan en permanecer en sus posiciones rígidas e inmovilistas, los que piensan que todo gira en torno suyo, los que viven sólo por satisfacer su propio ego. Estas ideas hallan eco en Miguel Vives, le revitalizan y devuelven las ganas de vivir y luchar porque su enfermedad tenía como origen la desgarradora desesperación que le atormentaba al no encontrar una explicación lógica y razonada al problema de la muerte.

Pasados unos años, estando ya plenamente recuperado, siguió el consejo de unos amigos y contrajo matrimonio en segundas nupcias con una señora que compartía sus mismas creencias. Poco después, comenzó a reunir en su casa a varios amigos que simpatizaban con sus ideas, enseguida empezaron a celebrar reuniones de estudio y sesiones mediúmnicas en las que fue aflorando la mediumnidad de Miguel.

El médium

En 1872 fundó, junto con el núcleo de amigos que se reunían en su casa, un centro de estudios espiritistas al que llamaron Fraternidad Humana, del que fue presidente durante treinta años. Amalia Domingo Soler participaba a menudo en las reuniones en Tarrasa, así como Vives asistía a las del Centro La Buena Nueva, de Gracia. En el centro de Tarrasa fue donde desarrolló la mayor parte de su labor mediúmnica; recordando aquellos años, escribía:

«No soy escritor, mas soy médium. Así, nunca podré tener la pretensión de haber hecho nada de bueno solamente por mí. Si alguna cosa salida de mi pluma merece la aprobación de mis hermanos, vendrá de los buenos espíritus que me asisten. Todo cuanto se nota de deficiente en mis escritos, es obra de mi inteligencia.

Para dar una idea de mi mediumnidad, diré lo siguiente: Fui médium de incorporación, semiconsciente, por un período de diez años; durante ese tiempo, no participé de una sola reunión, en que no recibiese y diese

comunicación, gozando durante esos diez años de una salud bastante regular. Después de eso, por causa de una dolencia, impedido de frecuentar las reuniones, tuve que dejar la mediumnidad por unos cuatro meses, único período de tiempo en que dejé de participar de los trabajos, como médium o como director de sesiones, en los treinta y dos años en que soy espírita. Y todavía hoy mi inspiración es tan potente y tan clara que basta estar en una sesión para que me sienta inspirado y pueda hablar por todo el tiempo necesario.

Para dar una prueba de ello, voy a contar lo que pasó en vísperas de Navidad de uno de los últimos años.

Yo había dado, unos veinticinco años atrás, una comunicación muy extensa y expresiva, sobre uno de los pastores que fueran a adorar al Mesías en el portal de Belén. Esa comunicación causara gran impresión a los hermanos presentes en el Centro Espírita de Tarrasa, en aquella época. Días antes de la Navidad, a la que encima me referí, uno de los hermanos, que aún se acordaba del caso, me habló del mensaje. Sentí deseos de tenerlo, y fue cuanto precisé para ser influido y ponerme a escribirlo. En dos horas lo obtuve de nuevo, y tan igual que aquellos que lo habían escuchado la primera vez exclamaran admirados: "¡Es idéntica! ¡No falta ningún concepto, ningún detalle!"

“Cuento esto para demostrar el poder de la mediumnidad.”

El sanador

Miguel Vives era un hombre muy amante del estudio; durante su enfermedad, se había dedicado, en los intervalos que sus sufrimientos le permitían, a estudiar medicina, más concretamente los tratados del médico alemán Hahnemann por cuyo método denominado homeopático realizó curas.

Nunca se atribuyó el mérito de tales curaciones, siempre decía que si él curaba era por la intervención de los espíritus que le asistían, ya que en sí mismo no reconocía los conocimientos necesarios para obtener tan positivos resultados. Fue tal la protección que le envolvió que muchas veces los enfermos se restablecían antes de tomar los medicamentos. Estas curaciones resultaban de todo punto inexplicables para los que sólo ven en el hombre un compuesto de células y elementos bioquímicos, les parecía inexplicable y poco científico un método de curación basado en otras premisas que las que ellos utilizaban y que además diera tanta importancia a los aspectos psíquicos y espirituales. Ante su incapacidad para comprender optaron por el camino más cómodo y deshonesto, desacreditar el trabajo de Miguel, ya que aquel joven sin titulación no podía de ninguna forma obtener éxitos donde ellos recogían fracasos. En poco tiempo, Miguel se convirtió en el blanco de las críticas de muchos médicos y de los

elementos más inmovilistas de la ciudad, que no le perdonaban su sencillez y modestia frente a la ostentación de que ellos hacían gala.

A la par que hacía este trabajo médico, se volcó en la propaganda del Espiritismo; era tal la convicción que sentía, tal su ardor y entusiasmo que cada día conquistaba nuevas adhesiones. Esto produjo una verdadera revolución en su entorno y comenzaron a manifestarse odios implacables contra él: «...Mi cabeza se tornó en un volcán de ideas en ebullición. Antes de ser espírita era incapaz de pronunciar una pequeña oración para una docena de personas. Como espírita adquirí un coraje y una serenidad tales que nada me impresionaba ni me impresiona aún.» Así recordaba años más tarde aquellos principios de su labor pública.

Miguel Vives encontró en el Espiritismo no sólo una filosofía capaz de responder a todas sus preguntas; halló, y esto fue más importante para él, un camino que seguir para su desarrollo espiritual. Él como nadie supo intuir la enseñanza de su admirado Allan Kardec cuando dijo: «El Espiritismo tiene por objeto esencial el perfeccionamiento moral del hombre»; su vida fue un ejemplo constante de abnegación y benevolencia. Su caridad hacia los más necesitados era de todos conocida en su ciudad; periódicamente reunía a los pobres y mendigos y les daba de comer en su propia casa, incluso el día en que contrajo matrimonio su hija Micaela, llevó junto a sus familiares y amigos a buen número de personas indigentes, a los que quería como verdaderos compañeros de peregrinación: «Vosotros, ancianos mendigos -decía- , sois para mí libros preciosos que encerráis interesantísimas historias y debo aprender de vosotros la humildad para sufrir y la fe para esperar.»

En 1882, de repentina enfermedad, desencarnó su hijo de 9 años, fruto de sus segundas nupcias. De nuevo sintió el desaliento y la desesperación de años atrás, pero esta vez pudo oponer a tales sentimientos sus profundas convicciones, ya había adquirido la certeza de que la muerte sólo es un cambio de morada, un regreso al mundo de los espíritus, el abandono del traje de carne, mas nunca el cese de la vida, porque ésta no tiene ni tendrá fin jamás, sólo hay evolución, continua y permanente transformación de las formas de vida que pueblan el Universo. Sabía todas estas cosas no sólo por la vía del conocimiento racional, sino por la experiencia; el desarrollo de su mediumnidad le permitía percibir estados y vivencias desconocidas para la mayoría de los humanos, así describía estos estados:

«Hay estados que siente el espíritu en el espacio que es imposible encontrar frases en nuestro lenguaje humano para describirlas, hay sorpresas que sólo se sienten y se comprenden en lo que valen cuando uno

las ha recibido y tiene la propiedad de aquel goce inexplicable, y hay sensaciones que sólo cuando nuestros sentidos hayan adquirido mayor lucidez, y sólo cuando nos hayamos despojado de la grosera envoltura que nos cubre, las podremos sentir; ahora sólo nos es dado entrever y apreciar en la medida de nuestras facultades, pero que a pesar de nuestra imposibilidad de conocer en su estado verdadero las felicidades de la vida venidera, éstas constituyen una gran prueba de la grandeza de Dios, de su poder y de su sabiduría, y una gran recompensa a nuestras obras realizadas, recompensa que están muy lejos de presentir los habitantes de esta tierra de lágrimas y de dolores.»

En una ocasión, abordando este mismo asunto de la vida en el mundo espiritual, recibió la siguiente comunicación de un espíritu que acababa de realizar el tránsito de este mundo al invisible; en ella, el espíritu describe su despertar en el mundo fluídico tras romper los lazos que le unían con su cuerpo carnal. Esta descripción coincide en sus aspectos fundamentales con otras comunicaciones de espíritus en igual situación; en todas ellas nos dicen que vienen a saludarles seres que han amado en la Tierra, nos explican como sus percepciones cambian notablemente, experimentando que no están limitados a los cinco sentidos físicos de un mundo tridimensional; pero veamos a continuación lo que nos dice el espíritu:

"Figuraos que os dormís en una cabaña, y como si despertarais de un dulce sueño, os encontráis en el espacio infinito; de momento no os dais cuenta de lo que os pasa, pero estáis maravillados de lo que os rodea, poco a poco recordáis y vais reconociendo vuestro estado, y como si nuevas facultades se desarrollaran en vosotros, veis a largas distancias, tan largas, que no podéis apreciar; a vuestro alrededor y desde muy lejos parece que mundos de luz os envían sus rayos y como si os dijeran ven a mí. Este fenómeno os atrae en todas partes sin saber a cuál dirigiros, entre el espacio que media entre vosotros y esos mundos, se desarrollan innumerables cuadros de luz, de fluidos de distintos colores, y entre rostros y formas esbeltas de espíritus que parece que os saludan y os felicitan; más cerca de vosotros veréis seres que os han amado en la Tierra; éstos os acarician, os abrazan, os besan y parece que penetran en vuestro ser y os den una nueva vida, un nuevo amor un nuevo deleite: una alegría desconocida."

"Anonadados aún por la existencia que acabáis de dejar, parece que aquellos recuerdos quieren turbaros, pero entonces aquellos fenómenos se renuevan con más intensidad, y los seres amados os invitan de nuevo. Sus caricias son más vehementes, su solicitud más grande, los colores, la luz y las bellezas toman nuevas formas, y entonces después de largo período os persuadís que ya habéis dejado vuestra tarea de la vida de los muertos y habéis entrado en la vida de los vivos; ¡por eso en medio de tantas maravillas no perdéis de vista la Tierra, pero ésta os parece tan triste! Los mares parecen un inmenso lago de lágrimas, la vegetación un sudario

eterno, los montes unas murallas que cercan una mansión de locos, las grandes ciudades un montón de ruinas, los seres humanos desterrados que gimen atados con férreas cadenas, sus ruidos desgarradores, sus cánticos y músicas, exhalaciones de tristeza, sus artes, concepciones de inteligencias pobres; su industria, su comercio, entretenimientos y tratos sin piedad. Esta impresión produce cierta melancolía que os hace apreciar mejor la nueva vida que os envuelve y os impulsa a entregaros a la vida que poseéis."

Sobre esta relación que recibió de un espíritu, Miguel Vives hizo estas reflexiones:

"Así se expresa el espíritu, pero yo creo que éstas no son más que las primeras impresiones de un espíritu feliz, las primeras horas que podemos llamar pasadas en el mundo espiritual, pero cuando el espíritu ha tomado posesión de su estado, cuando ya se mece en el éter Universal y al menor impulso de su voluntad se mueve en todas direcciones y a través de distancias infinitas recorre mundos y contempla maravillas. ¡Qué goces! ¡Qué impresiones! ¡Qué estudios más grandes de la luz, del sonido y del Cosmos Universal!... ¡Qué combinaciones y qué trabajos hechos para adquirir más amor y más sabiduría! ¡Qué formas y qué moldes han de tomar ante la faz de los espíritus las maravillas creadas! ... y cuando el espíritu puede irradiar a grandes distancias, ¡qué deleite ha de sentir! Deleite inesperado de distintos puntos a la vez; mientras recibe impresiones sublimes de la armonía de mil mundos, de mil humanidades, de mil legiones de espíritus, y envuelto en un mar de luz de distintos y variados colores formando crepúsculos inconcebibles para nosotros, y entonces ver más progreso, más perfección y una eterna sucesión de adelantos hasta convertirse en un semi-Dios para ver siempre un más allá en todos sentidos, en todas direcciones y en toda impresión que pueda recibir el espíritu. Esto ha de ser tan grande que yo no tengo palabras para expresarme. Concibo, entreveo, pero no hay frases en nuestro lenguaje. La pintura, la música, el amor de la madre, la convicción del héroe, del mártir, son un punto de ese gran todo; y empieza a dar el primer paso, el espíritu que llega a alcanzar su progreso y su perfección."

"Honremos al espíritu de Allan Kardec y sigámosle como la estrella polar que nos guía por el embravecido mar de la vida, que él nos llevará a puerto de salvación."

La actividad social

Miguel Vives desarrolló una intensa actividad social; tenía la convicción de que las pruebas que aporta el Espiritismo, respecto a la realidad de la vida, y la moral que se deduce de estas pruebas, constituyen la base de una transformación en la sociedad. En sus escritos y discursos, exhortaba a acudir ante todos los gobiernos para instaurar cátedras donde

impartir la filosofía espírita en todos los centros universitarios; instaba a propagar la ciencia del espíritu en los talleres, en los centros industriales, hasta en las buhardillas de los pobres, llegar a las masas por medio de la prensa, de conferencias públicas, de reuniones de toda suerte en que se expusieran los principios básicos de la doctrina de los espíritus.

En el orden político y judicial, pensaba que los legisladores de las generaciones futuras deberían llevar al ejercicio de sus funciones el sello de los principios espíritas. Demostró una indudable visión de futuro cuando dijo: «Es también deber de los tiempos la institución permanente de un tribunal de arbitraje internacional para la solución de conflictos de nación a nación y la gradual abolición de los ejércitos permanentes y de las fronteras políticas.»

Hoy, un siglo más tarde, vemos como se están empezando a cumplir sus indicaciones, ya que si bien aún permanecen los ejércitos, las fronteras están desapareciendo en la mayor parte de la Europa Occidental.

Siempre demostró una especial sensibilidad hacia los presos, pensaba que era necesario transformar las penitenciarías en institutos de moralización, considerar al culpable como a un enfermo al que se debe sanar y rehabilitar. En una ocasión, fruto del trabajo que desarrollaba con los presidiarios, y con motivo del V Congreso Espiritista Internacional, recibió la siguiente carta:

"Sr. D. Miguel Vives:

Queridísimo hermano. Estamos agradecidos a sus exhortaciones y sentimos una inmensa alegría al saber que se va a celebrar el Congreso Espiritista Internacional. Mucho sentimos no poder formar parte en él; pero ya que no nos es posible, le suplicamos a usted tenga la bondad de representarnos y decir en pleno congreso que estos treinta y dos individuos que fueron criminales están hoy arrepentidos, perdonan a sus enemigos y desean volver a la vida libre para demostrar el cambio que ha operado en ellos el Espiritismo.

Hoy no pensamos más que en nuestra reforma moral y en la reforma moral de la Humanidad.

Treinta y dos penados le saludan y le desean protección de Dios"

Divulgando el Espiritismo

Participó activamente en la divulgación del Espiritismo a través de distintos medios como los periodísticos y los federativos. En 1882 fundó la Federación Espiritista del Vallés, que agrupaba asociaciones y centros espíritas de esta comarca barcelonesa; desde 1885 hasta 1889 dirigió El Faro Espiritista, que fue el órgano de la Federación; de la Federación

Espiritista del Vallés surgió entonces la Federación Catalana, siendo órgano de esta misma la antigua Revista de Estudios Psicológicos, de Barcelona, hasta que se creó el Boletín de la Federación.

Tuvo también activa participación en los Congresos Internacionales de Espiritismo celebrados en 1888 en Barcelona y 1889 en París. En el de Barcelona, que fue el primero, formó parte de la comisión organizadora y fue vicepresidente del mismo. A este Congreso asistieron representantes de sociedades espíritas de Francia, Italia, Estados Unidos, Sudamérica, Bélgica, etc. Al año siguiente se celebró un nuevo Congreso Internacional en París; también a éste asistió Miguel, junto con otros destacados espiritistas españoles. En París, además de las delegaciones europeas y americanas, asistieron otras de India, Egipto e incluso Australia.

Tras todos estos acontecimientos, en mayo de 1891 se trasladó a vivir a Barcelona para ver si su quebrantada salud mejoraba; al poco tiempo, en enero de 1892, fue elegido Presidente del Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos. En Barcelona, su actividad, a pesar de su estado de salud, no decreció, siguió participando activamente en actos y conferencias; su energía, sus ideas, su fuerza de voluntad no provenían de su débil organismo; él podía sobreponerse a su cuerpo y manifestar las fuerzas que sentía, las potencias del alma que irradia la convicción, la fe, el amor que siente y esparce con sus obras. Esta era su fuerza, una fuerza que cautivaba a cuantos le escuchaban. Sin embargo, en Barcelona sus discursos tenían un matiz diferente a cuando se encontraba en su centro de Tarrasa. Este hecho fue observado por un periodista admirador suyo, que lo describió así:

"Observé un verdadero fenómeno: desde que habita en Barcelona, sus discursos no tienen aquel sabor especial, aquel dulcísimo sentimiento que, haciéndose dueño del auditorio, llevaba a sus oyentes hasta las puertas de las gloriosas, de las celestes ciudades donde los justos reciben el premio de sus buenas obras."

"En Barcelona sus discursos tienen más verdades que palabras, pero esas mismas verdades tienen un sabor amargo, la realidad de la vida le impresiona tan dolorosamente que el médium inspiradísimo, el médium protegido por elevados espíritus, se contagia con la epidemia del realismo humano, y llora sobre las miserias de la humanidad no con tristeza, no con amargura, no con desaliento, antes al contrario, se lamenta con energía, apostrofa con valor a los débiles por su escasa fe, censura clamorosamente nuestra falta de caridad.."

A pesar del cambio de residencia, su salud no mejoró sustancialmente, hasta que el día 23 de enero de 1906 abandonó este mundo. Recibió una entrañable despedida de un pueblo que le quería de verdad. Una multitud de personas se extendía alrededor de la comitiva

fúnebre, fueron muchas las fábricas y talleres que cerraron sus puertas para permitir a sus empleados dar el último adiós a un hombre al que habían admirado por sus innegables virtudes. Detrás del coche fúnebre iba una banda de música. La comitiva hacía un cordón compacto de más de cinco mil personas. El cementerio civil, el camino de acceso, y los altos de las tapias se hallaban invadidos, no pudiendo entrar el cadáver en más de una hora. Esta fue la despedida que dieron sus conciudadanos a un hombre, un médium, un espiritista que fue conocido con el sobrenombre de «El Apóstol del Bien».

Guía práctica del espiritista

Miguel Vives escribió un único libro, "Guía práctica del espiritista" (1903). Es un libro eminentemente práctico, como su propio nombre indica, en el cual el autor divide la existencia humana en campos concretos de vivencia: Dios, el Evangelio o actuación con la familia, los centros espíritas, etc. En cada uno de estos terrenos ofrece unos consejos muy útiles para afrontar y salir airoso de las diversas vicisitudes que atraviesa el espíritu en su paso por la Tierra. La validez y el mérito de estos consejos estriban en que están sacados de sus propias experiencias y él comprobó en sí mismo sus resultados positivos.

Seleccionamos a continuación ciertas frases y párrafos significativos de algunos de los capítulos del libro que definen no sólo sus ideas, sino su propia vida, su propio ser:
«Para alcanzar el grado de moralidad que necesita, a fin de cumplir bien su misión, tener paz en la Tierra y conseguir alguna felicidad en el espacio, el espírita debe cumplir la ley divina. ¿Y dónde está esa ley? En el Evangelio del Señor. Por tanto, el espírita debe saber de memoria su parte moral, tanto cuanto sea posible. Porque, ¿cómo aplicará la ley, si no la conoce? ¿Cómo usarla, si no la recuerda?» (Cap. II, «El espírita ante el Evangelio»).
"Primero obrar, después hablar. A no ser que la necesidad y las circunstancias nos obliguen a hablar primero. Cuando así tengamos que hacer, debemos ser muy prudentes y humildes, dando pruebas de una buena educación. Sin embargo, siempre que sea posible, debemos obrar primero. Vale más que nos conozcan primero por nuestras obras que por nuestras palabras. Así, cuando llegue nuestra hora de hablar, nos escucharán con más respeto y seremos mejor atendidos. Evitemos entrar en la propaganda de nuestras ideas, aguardando la ocasión oportuna. Comencemos entonces por demostrar lo que es la moral del Espiritismo, cuáles sus tendencias y sus fines, que son tornar a los hombres mejores, conquistar la paz para la Humanidad y revelar un porvenir más feliz que aquel que nos espera en la Tierra. Sólo debemos entrar en la explicación de los fenómenos espíritas,

cuando las personas a quienes hablamos ya tengan aceptada la moral, comprendiendo algo de su sublimidad. En esos casos en que podamos hablar de los fenómenos, debemos explicar aquellos que pueden ser mejor comprendidos, de acuerdo con el alcance de nuestros oyentes.”
“Aquel que desea aliviar o curar a la Humanidad doliente, aunque sea en el ámbito de sus relaciones particulares, debe llevar una vida de santidad. Llamémosla así, para distinguir mejor al que la practica, tanto más si el espírita que cura no es dotado de conocimientos médicos o de otras ciencias que lo autoricen a tanto. Los que, sin embargo, sólo lo hacen por amor a la Humanidad, deben despojarse de todo lo que pueda empañar el brillo de sus espíritus, para que su periespíritu y su cuerpo puedan transmitir los buenos fluidos. De manera que deben aplicarse, constantemente, la siguiente máxima: “Si quieres curar a los demás, cura primero tu cuerpo y tu alma, pues de lo contrario, ¿cómo curarás a los otros, si estás enfermo?” (Cap. IV, «El espírita y la Humanidad»).
“Así como es muy difícil encontrar en la Tierra quien esté siempre en perfecto estado de salud física, más difícil es aún encontrar alguien con perfecta salud moral. Nadie es perfecto en este mundo. Así como la atmósfera y las condiciones materiales influyen directamente en nuestro organismo, predisponiéndolo a ciertas enfermedades, los elementos espirituales que nos rodean influyen sobre nuestra condición moral. Se aprovechan de las cosas más insignificantes, para provocarnos sufrimientos y malestar interior, objetivando mortificarnos o detenernos en la vía del progreso.”
“Los elementos espirituales que nos cercan se infiltran constantemente en nuestro psiquismo, como los elementos atmosféricos lo hacen, en relación a nuestro cuerpo. Y crean a nuestro alrededor condiciones propicias al desarrollo de enfermedades, si no estamos aptos a rechazarlas. Así, pues, debemos estar prevenidos, para ahuyentar a ambas influencias. Pero así como, por mayores que sean nuestras precauciones, no podemos alejar del todo las influencias del frío y del calor, en sus bruscas variaciones, tampoco podemos evitar completamente las tentaciones. Lo que podemos hacer es no caer en sus redes. Aquí debemos poner toda nuestra atención, todo nuestro cuidado, aunque nos cueste un gran sacrificio.”
“¿Qué hacemos con los elementos atmosféricos? En el invierno, nos abrigamos, y en el verano aliviamos las ropas y procuramos los lugares frescos. Mas si, con eso, no evitamos las molestias del tiempo, tenemos que conformarnos y no darles importancia. Sufrimos resignadamente y procuramos resistir cuanto sea posible, diciendo "esto es el frío", o "así es el calor", y concluimos: "luego pasará", sin incomodarnos más. De la misma manera debemos hacer con las tentaciones. Porque constituyen un mal que alcanza a todos, no hay nadie que no las sufra. Casi diríamos: es

una condición necesaria. Y casi nos atreveríamos a afirmar, indispensable a nuestro progreso.” (Cap. IX, «Enfrentando las tentaciones»).
“Si juntásemos las riquezas de toda la aristocracia del mundo, nada serían comparándolas con las de nuestro Padre. Y todas ellas fueron creadas para nosotros, sus hijos, que las recibiremos en propiedad y las disfrutaremos eternamente. Los reyes visten a sus príncipes con oro y piedras preciosas, pero nuestro Padre nos vestirá de luz inmortal. Los reyes dan a sus príncipes carruajes fastuosos, para que viajen a través de sus reinos. Y el Padre nos dará alas y medios etéreos, para que viajemos con la rapidez del pensamiento, sin encontrar obstáculos. Los reyes quieren dar a sus príncipes todas las formas de felicidad, mas no pueden evitar las enfermedades y las incomodidades, que irremisiblemente acompañan a la materia. Nuestro Padre nos dará una condición en la que no habrá enfermedades ni incomodidades. Los reyes no pueden evitar el cansancio, el sueño, el frío, ni el calor para sus hijos. Nuestro Padre nos dará una vida en que no tendremos que dormir, ni nos cansaremos, ni sentiremos jamás frío o calor.”
“¡Ah, mis hermanos, cómo es grande lo que nos aguarda! Eso, sin embargo, por el cumplimiento de las leyes divinas, y no por capricho. Por acto de justicia y por necesidad, pues sin la ley, no existiría orden, sin orden no habría armonía, y sin orden y armonía no habría felicidad. Así pues, para que todos seamos felices, tenemos que ajustarnos a la ley, al orden y a la armonía.” (Cap. X, «El tesoro de los espíritas»).

Notas

1. Hahnemann, Christian Friedrich Samuel (Meissen, 1755, París, 1843). Médico alemán, fundador de la homeopatía. Practicó la medicina en diversas ciudades, y en 1812 fue admitido como profesor en la Facultad de Medicina de la Universidad de Leipzig, donde enseñó sus teorías. A raíz de la muerte de uno de sus pacientes, la oposición a sus ideas le obligó a trasladarse (1821) a Kóthen, donde sus métodos terapéuticos empezaron a adquirir prestigio, el cual se acrecentó durante su estancia en París, donde ejerció como médico desde 1835 hasta su muerte, consiguiendo numerosos adeptos.
2. Homeopatía. Sistema médico y terapéutico según el cual las enfermedades deben ser tratadas con fármacos administrados a concentraciones muy diluidas y cuyos efectos en el hombre son parecidos a los del proceso patológico que se intenta combatir. Se apoya en el criterio de que las enfermedades se curan al ser destruidas por otras análogas y más intensas. El sistema homeopático se basa en dos principios: la similitud y las dosis mínimas. Durante el siglo XIX la homeopatía alcanzó notable difusión y una considerable popularidad, hoy renovada, merced a principios generales que hay que añadir a los anteriores, tales como el de la

preocupación por la dieta y el carácter individual de la terapia homeopática (que enlaza con las actuales tendencias psicosomáticas), así como por los ribetes espirituales y vitalistas de la filosofía homeopática.

Bibliografía
Miguel Vives, Guía práctica del espiritista. Ed. Mauci.

INDICE
